

ROBERTO RÍOS

LÍNEAS  
PARALELAS



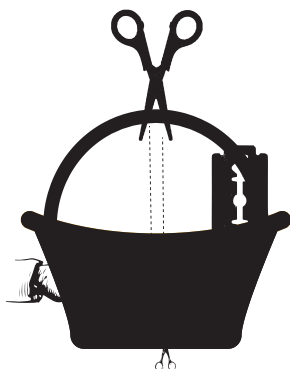
**Puebla**  
Contigo y con rumbo  
Gobierno Municipal

**IMACP**  
Instituto Municipal de Arte  
y Cultura de Puebla



Roberto Ríos

# LÍNEAS PARALELAS



## **H. AYUNTAMIENTO DE PUEBLA**

Mtro. Adán Domínguez Sánchez  
*Presidente Municipal*

---

## **INSTITUTO MUNICIPAL DE ARTE Y CULTURA DE PUEBLA**

Fabián Valdivia Pérez  
*Director General*

Mauricio Pardo Ruiz  
*Subdirector de Desarrollo Artístico, Cultural y Patrimonial*

Diego Rodríguez Moreno  
*Coordinador de Fomento a la Lectura y Editorial*

Juan Carlos Figueroa Cortéz  
*Coordinador de Diseño*

D.R. 2024 Instituto Municipal de Arte y Cultura de Puebla.  
Avenida Reforma 1519, Barrio de San Sebastián.  
C.P. 72090, Puebla, México.

ISBN: 978-607-8123-96-4



Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

HECHO EN MÉXICO



Canasta

de Escritoras y Escritores

P O B L A N O S

— 2023 —



## CANASTA DE ESCRITORAS Y ESCRITORES POBLANOS

Durante este Gobierno Municipal, el *Instituto Municipal de Arte y Cultura de Puebla* promovió la convocatoria «*Canasta de Escritoras y Escritores Poblanos*», con la finalidad de abrir la puerta a todos esos autores y autoras que se encontraban en la constante búsqueda de algún canal para publicar sus obras.

La respuesta fue amplia y positiva, las propuestas recibidas resultaron extraordinarias. No era para menos, el talento literario de nuestra ciudad es legendario y contempla una gran variedad de temáticas, lo que permite fomentar el hábito de la lectura en nuestra sociedad. La difusión del libro y de la práctica lectora es una de las misiones más nobles y trascendentes de cualquier instancia de Gobierno, ya que la difusión del trabajo de los creadores locales detona perspectivas novedosas entre las y los lectores de nuestra ciudad.

Esta publicación es muestra de la calidad literaria que se desborda en la ciudad de Puebla, misma que no sólo difunde la memo-

ria histórica, sino que también aborda y construye imaginarios de la ciudad a través de creaciones literarias cuya fuerza radica en la precisión de las palabras y en la posibilidad de emocionar y cautivar a quienes se sumergen entre sus hojas.

Me llena de orgullo presentar esta colección, donde cada página es un verdadero deleite poblano para el lector. Les presento pues la apetitosa oferta de esta «Canasta de Escritoras y Escritores Poblanos» misma que contiene espléndidos frutos de talento literario de poblanas y poblanos que han encontrado en la palabra escrita el camino para detonar la creación artística.

Deseo que lo disfruten.

Adán Domínguez Sánchez

*Presidente Municipal*



# Roberto Lorenzo Ríos Ramírez

**10 de agosto 1958**

ROBERTO RÍOS es un escritor tampiqueño, ingeniero de profesión, quien al terminar su experiencia laboral se mudó a Puebla, donde estudió la Maestría en Letras Iberoamericanas en la UIAP.

En el 2015 colaboró con el texto *INSTRUCCIONES PARA CRUZAR LA FRONTERA*. Una colección de relatos integrados en el libro *NARRATIVA VITRAL CONTEMPORÁNEA. Relatos integrados en la literatura hispanoamericana 1990-2013* publicado por la UIA Puebla

Autor de la novela breve *ENTRE LA PILA Y EL AGUA BENDITA* publicada dentro de la colección *Narrativa Contemporánea* por la Secretaría de Cultura del Gobierno de Puebla en 2022.



# ÍNDICE

LA AZUCENA DEL MERCADO	11
EL CHANGO	17
UN JUSTO INTERCAMBIO	25
VERDE ES MI ILUSIÓN	35
TARDES DE TERTULIA	41
TIEMPO DE MUÑECAS	45
TAMALES DE CERDO	53
INDECISOS	59
MORIRÉ JOVEN	63
CUERNOS EN LA LÍNEA	73
LA ÚLTIMA ILUSIÓN	79
UN ACTO DE ESCAPISMO	89
LO QUE UN BUEN CAZADOR SABE	95
EL REFUGIO	103



## LA AZUCENA DEL MERCADO

¡Qué vueltas da la vida! No es necesario decir nada. Sé lo que pasó. Ya ves cómo es la gente. Tantito le picas y empieza el chismorreó. Y si a eso le agregas lo que publicaron los periódicos, tienes para rato. Te enamoraste de él, ¿no es cierto?... Claro... no te culpo, es guapo... por las fotos que circulan de aquí para allá. No te pregunto si ya las has visto.

Recuerdo que llegabas de la mano de tu madre al puesto de flores. ¡Todo mundo te quería! Corrías por el mercado, platicabas con la señora de la pollería, de las frutas. Nunca supe por qué, de tiro por viaje, tu mamá te jalaba el pelo, pero de todas formas la tenías en un pedestal, mamita por aquí, mamita por allá. Además, ahí estaban las flores para consolarte, nunca te fallaron. Ellas te contaban historias de dulces esperas, tiernos suspiros y pasión sin tiempo. Saben mucho de eso y no sólo las rosas, sino también las orquídeas, las lilas y los claveles.

Años después lo conociste. Tú eras muy joven y él, un muchacho de brazos fuertes y sonrisa fácil. En realidad, no era mucho mayor que tú: tendría dieciséis años. Estabas en medio de flores cuando lo viste por primera vez. Él cruzó, sudoroso, por el pasillo. Empujaba un diablo cargado con huacales llenos de tomates, cebollas y manzanas. Con eso tuviste. De ahí pal real, no más lo veías y se te iba el aliento. ¡Cierra la boca!, dijo tu madre en voz baja la primera vez que lo notó, acompañando su consejo con un pellizco de Padre y Señor Nuestro. Pero era inútil. No lo podías evitar: te había flechado.

¡Y cómo son las cosas! Siempre habías repelado por ir a la zona de baños del mercado —que apestaba, que estaba lejos— y fue ahí donde te lo encontraste. Llegaste con una cubeta para acarrear agua del aljibe y lo viste, hermoso, con el torso moreno desnudo y lampiño, refrescándose a pie del chorro de agua, mojado el pelo y la cara. Sonreíste y te correspondió. ¿De dónde sacaste valor para preguntarle su nombre? Es un misterio. *Mi nombre es Fabián*, te dijo, y eso fue todo porque sus amigos lo llamaron desde lejos entre risas y él se fue con el rostro descompuesto.

¡Qué vueltas da la vida! A partir de ese acercamiento, él se alejó; dejó de pasar enfrente del puesto de flores. Y

no era casualidad. Notaste que Fabián lo evitaba con toda intención, inclusive a costa de largos rodeos. Y si la montaña no viene a Mahoma... Le debió extrañar a tu madre que fueses más seguido por agua al patio del mercado. Eras feliz si por casualidad, desde lejos, lo veías descansar bajo la sombra de un tejabán en compañía de sus amigos. ¿Cuánto tiempo duró ese juego?... ¿Dos años? Él se volvió rudo, empezó a cargar un puñal en la cintura y se corrió el rumor que le hacía el favor a la señora de las quesadillas a cambio de unos pesos.

Día a día, creció en tu cabeza un sueño loco, insensato, temerario: que tu primera vez fuese con él, pero no de cualquier manera, tampoco. Tenía que ser algo romántico, tierno, inolvidable. Tejías en el aire miles de historias, como de telenovela. Lo primero era revivir la amistad, te decías.

No pudiste soportar tanta pasión, tanto deseo. Ahí estuviste: tus ahorros invertidos en una camisa envuelta para regalo y a la espera de que Fabián saliese del mercado. Lo miraste caminar por la calle que conducía a los portales donde estaba la cantina que solía frecuentar. Antes de que él se diera cuenta ya estabas a su lado. Todo te pareció tan irreal, tan lejano, tan ajeno. *Fabián*, dijiste con una voz que no era la tuya. Él te miró sin dar crédito y tú le entregas-

te una rosa y su presente. Por mucho tiempo estuvo en tu memoria la mueca de disgusto en su rostro. Entonces te la jugaste completa. Déjame conocerte, le rogaste. Él se dio la media vuelta y al ver eso, tú, con un grito que salió de tu alma, echaste mano del último recurso: *Por favor, no te vayas. Si quieres te pago.*

¡Cómo se ofendió y qué golpiza te puso el muy cobarde! Si no ha sido porque unas señoras intervinieron capaz te hubiese matado. Pero no soportaste esa vergüenza y tuviste que marcharte del pueblo. Unos dicen que te conchabaste a un camionero de los que traían la verdura al mercado; otros, que huiste a la capital con el guardadito de tu madre. Como haya sido, pronto nos acostumbramos a ver a tu anciana mamá batiéndose solitaria con el trajín del puesto de flores y pagando una moneda para que le acercasen las cubetas de agua.

Pasó el tiempo. Nadie supo de tu regreso; que recorrerías los portales entre penumbras con un vestido entallado, de esos que apenas cubren el culo. Te cambiaste de nombre por el de Azucena. Y una noche tibia y húmeda viste a Fabián; salió de la cantina y caminó hacia ti. Venía solo y borracho. Lo dejaste llegar, que contemplara tus piernas. Te pidió presupuesto y empezó la negociación: que quinientos,



doscientos, cien y al final, cincuenta por un francés y en un rincón.

¡Qué vueltas da la vida!, pensaste mientras llenabas su miembro de caricias tiernas. Tus sueños hechos realidad y cincuenta pesos. Te dedicaste a prolongar el momento, a recorrer la pija de la base a la punta, a paladear su glande apretando experta con tu mano larga el cuello del ganso y —cuando fue inevitable— te hiciste cargo sin derramar una gota de la descarga completa. Si tan sólo lo hubieras dejado ahí. Después de todo ya habías logrado lo más cercano a tu anhelo. Pero querías compartirle tu inmensa alegría y, además, no existe el hubiera. Si existiera no yacerías ahora con el vestido que te regaló tu madre en medio de esos crisantemos mudos y tristes. Si tan sólo no le hubieras dicho: *Fabián, ¿te acuerdas de mí? Soy Pedrito, el de las flores, el del mercado.*



## EL CHANGO

La señora Elba y Teófila, su cuñada, eran vecinas. Las ventanas de sus recibidores quedaban frente a frente a través un cubo de luz. Ellas se odiaban desde el principio de los tiempos y no era extraño que se encararan con una mano a la cadera detrás de sus respectivas ventanas. Elba enviudó y pocas semanas después supo que su cuñada había puesto una demanda para quitarle su departamento. No le sorprendió.

Unos días después de ese disgusto, Elba salió al centro del pueblo y se extravió. Con grandes dificultades pudo regresar a casa. Su hija la llevó con un especialista quien le ordenó guardar reposo. ¡Ay doctor!, entre usted y mi cuñada Teófila me quieren matar, protestó. Fue entonces que ocurrió el segundo evento: la llegada de un paquete que contenía una carta y una pequeña cajita. Elba abrió la carta, trató de leerla, pero no entendió nada, o casi nada. Sólo reconoció un par de palabras que se repetían varias veces: Pedro Galicia.

Se trataba del nombre de su sobrino. Un joven que había vivido en ese mismo departamento por unos meses. Elba recordaba a Pedro como un chico misterioso que leía libros de rituales mágicos y brujería. Un día, el joven tomó sus cosas, se fue de viaje y no supo más de él, hasta ahora.

La anciana abrió la caja y encontró que contenía una pequeña figura, que le pareció exótica. ¡Qué chimpancé tan feo!, exclamó Elba al ver la estatuilla de porcelana en forma de mandril con ojos de furia y con una máscara roja de cuyo hocico amenazador sobresalían un par de colmillos. La figura simiesca terminó arrumbada dentro de una vitrina detrás de unos platos estilo talavera.

Al siguiente día aparecieron las llaves de la casa dentro del refrigerador. ¡Qué cabeza la mía!, se dijo la anciana riéndose del asunto. La cosa no paró ahí. Al contrario: empeoró. Correspondencia sin abrir dentro de la lavadora y un cartón de leche en el cajón de ropa blanca. Las cosas desaparecían y para encontrarlas, ¡parecía mentira!, las tenía que buscar en los lugares más absurdos.

—Estás muy estresada, madre. Toma tus medicinas y no te preocupes, pronto estarás mejor —le dijo su hija por teléfono.

Una mañana, la anciana tuvo la molesta sensación que alguien la seguía por toda la casa: la cocina, su recámara, el baño. ¡Ay, Dios!, me estaré volviendo loca, pensó preocupada. Entonces notó que el simio estaba en el sitio más visible de la vitrina, ocupando el lugar de unas hermosas figuras de porcelana que se esfumaron para siempre. Ella tomó la estatuilla invasora y la guardó en el fondo de un ropero.

—¡Alguien ha entrado a la casa! Te lo juro, hija. Esconde unas cosas y se roba otras. Creo que me quieren volver loca.

Esa misma tarde, la hija de Elba fue por esta para llevarla al doctor. Las mujeres recorrieron unos metros, pero al ver lo encapotado que estaba el cielo, la anciana insistió en regresar al departamento por su paraguas. *Yo subo rápido, tú espérame aquí*, dijo. La hija se arrepintió de haber aceptado aquella propuesta al escuchar a su madre gritar pidiendo ayuda. Los primeros en llegar vieron a Elba parada en la puerta, pálida.

—¿Qué pasó, mamá?

—Hay alguien adentro. ¡Llama a la policía! —decía, una y otra vez, la anciana.

Un vecino se animó a entrar blandiendo un martillo seguido por un par de señoras y la hija de Elba. Nada, aquí no hay nadie, dijeron después de buscar hasta debajo de la cama. Les juro que vi a alguien ahí, repitió la anciana cada vez con menos convencimiento.

La llevaron al médico. El doctor le pidió a Elba que copiara unos dibujos y repitiera de memoria varias palabras. *Es el estrés*, dijo con rostro adusto. Le cambió la prescripción de sus medicamentos y recomendó descanso total. *Te apuesto que Teófila tiene algo que ver*, dijo y no hubo forma de convencerla de lo contrario. Y menos al darse cuenta de que la figura simiesca estaba —de nuevo— en el lugar de honor en la vitrina. Tomó la figurilla, esperó en la ventana hasta que apareció su cuñada y, tan pronto la vio, con la figurilla en alto le reclamó con ardor por la invasión a su privacidad. ¡Estás demente!, recibió como respuesta desde la otra ventana. El monigote fue arrumbado bajo llave detrás de los barrotes de una alacena en la cocina.

Al siguiente día, Elba le llamó por teléfono a su hija y le contó un extraño relato. *No me lo vas a creer, hija. Pero anoche me desperté muy asustada. Escuché ruidos en la cocina. Como si alguien estuviera moviendo platos y cacerolas. Miré el reloj y vi que faltaba mucho para que amaneciera. Busqué a*

*tientas mis gafas y mis pantuflas. Estaba muerta de miedo, ¿y si es un ladrón?, pensé. Encendí la luz y lo vi, con estos ojitos que se han de comer los gusanos. No me lo vas a creer, pero desde el corredor se asomó un chango amarillo que traía una cacerola en la cabeza. Pegué de gritos que para que te cuento y el chango desapareció. Tanto escándalo preocupó a mis vecinos quienes me ayudaron a revisar el departamento y no encontraron al animal. Pero ahora ya sé quién hace tanta travesura: el chango amarillo.*

Desde ese momento, si desaparecían los cubiertos, el simio; si se encontraba un sartén en el congelador, el chango. Elba ya ni siquiera se molestó de retirar la figurita del lugar más visible de la vitrina. ¿En dónde habrá dejado este chango mis lentes?, decía ante las personas que la visitaban y quienes esbozaban una indulgente sonrisa, pues pensaban que a los ochenta y ocho años bien se tiene derecho a tener alguna excentricidad.

Un día llegó el abogado a la casa. Venía con cara de velorio. El litigio por la casa estaba perdido. ¿Tengo que mudarme ya? La anciana miró preocupada al abogado.

—No se preocupe de eso por ahora. Voy a alargar el trámite lo más que pueda. Yo le avisaré —contestó y puso sus manos sobre las de ella en gesto de consuelo. Después se marchó.

Elba se derrumbó sobre el sofá de su sala. Miró a su alrededor y recordó las navidades pasadas, a su hija y su esposo entretenidos en vestir el árbol navideño. En medio de su nostalgia sintió el peso de una mirada: desde la vitrina la figura del simio la veía con ojos de fuego.

—Tú y yo, nos mudaremos juntos a casa de mi hija. Tiene mucho espacio y allá podrás correr cuanto quieras — dijo Elba.

La anciana estuvo muy inquieta los días siguientes. *Hay demasiado silencio, pensó, Alguna travesura gorda está tramando ese chango endemoniado.* En forma preventiva, revisó que el bote del azúcar no tuviera sal y que la ropa siguiera en su lugar. Todo estaba en orden y eso la inquietó aún más. Esa tarde, Elba salió con su hija al médico y al regresar vio que había una ambulancia en la puerta de su edificio. No le dio al asunto mayor importancia hasta que días después el abogado pidió una cita. Elba le pidió a su hija que estuviera presente.

—¿Malas noticias? —preguntó Elba.

—Sí, debería decir que sí —, contestó el hombre —. Resulta que ocurrió una tragedia en casa de la señora Teófila. Alguien puso por error veneno para ratas en la sopa de la dama y la pobre, después de varios días en el hospital, falleció.



Las mujeres lamentaron la noticia. El abogado partió. *¡Fue el chango!*, dijo Elba con un susurro. *¿Cuál chango?* Madre, ya no digas eso, repuso su hija. El zumbido del timbre interrumpió la discusión. *¿Algo se le olvidó al abogado?*, pensó Elba en el momento de abrir la puerta.

—Hola, tía. Soy Pedrito Galicia, tu sobrino. ¿Me recuerdas?

Un hombre de barba tupida y pelo largo entró al departamento. Las mujeres lo miraban sorprendidas.

—No te quito el tiempo, tía. Nada más vengo a recoger la figura asiática que un amigo envió a tu casa. Espero que no te moleste que haya dado tu dirección.

Pedro miró a la figura en la vitrina y lanzó un chillido.

—¡La sacaste de su caja! ¡Eso es muy peligroso! —exclamó.

—¿Y yo cómo iba a saber tanto? La carta estaba escrita en chino —dijo Elba.

El hombre tomó con enorme respeto la figura, susurró palabras incomprensibles, la envolvió en un pañuelo y la guardó en la bolsa de su chaqueta.

—Gracias, tía. Me tengo que ir. Adiós, prima.

Las mujeres se quedaron sin palabras. Vieron a Pedro marcharse.

—¿Quizá tenías razón, mamá? ¿Tal vez fue el chango?

—¿De qué hablas?

—Del chango y Teófila.

—Ay, hija. Ni me menciones a Teófila, que hace rato me gritó desde la ventana. ¡Ya no la aguanto! Mejor ayúdame a poner el café. No tarda en venir el abogado. Dijo que tenía noticias muy importantes. ¿Dónde habrá escondido el chango la cafetera?

## UN JUSTO INTERCAMBIO

Karla cruzó la calle adoquinada y caminó a lo largo de la barda de piedra hasta llegar a un portón de fierro pintado de negro. Cerrada del Cerro número 19. Se trataba, sin duda, de la dirección que aparecía en el clasificado del día de hoy: sólo para señoritas, se renta habitación amueblada. Era un día gris y lluvioso, de esos que son inevitables si algún huracán merodea amenazante, indeciso, la costa del Golfo. El agua, que escurría por la banquetta, mojó sus botas de hebilla dorada, gamuza negra, plataforma y tacón alto, algo que en otro momento molestaría a la muchacha, tan cuidadosa de esos detalles, pero ahora estaba concentrada en mirar de arriba abajo por la calle, alerta por si aparecía una camioneta negra con vidrios polarizados, unos lentes oscuros, unas botas vaqueras, un cuello tatuado, una cadena de oro. Nada... o casi nada, un detalle insignificante: por un momento tuvo

la impresión de que le había echado el ojo un tipo entrado en años, de esos que con su franela se dedican a cuidar coches. Y no es que eso fuera raro, ella estaba acostumbrada a atraer las miradas de los hombres, a levantar héroes caídos, ese era su negocio. Sabía que causaba aquel efecto con el vaivén de sus caderas y su generoso escote. No le dio importancia. Es sólo un viejo rabo verde, pensó.

Después de un momento de indecisión, oprimió el timbre que estaba a un costado del portón y se empezó a morder las uñas, fea costumbre producto de la angustia y que sólo podía evitar a cambio de encender un cigarrillo. ¿Qué desea?, se escuchó a través del interfón. *Estoy interesada en rentar la habitación*, dijo la chica. Un zumbido prolongado fue la única respuesta. Karla empujó el portón y este se abrió sin dificultad. *Pase y no olvide cerrar la verja*, escuchó por la bocina. Ella siguió al pie de la letra las instrucciones y miró la casa por primera vez. Era una casa vieja, estilo americano, construida sobre la ladera del cerro y que debió ser muy hermosa en su tiempo. A la chica le trajo de la memoria aquellas residencias en donde vivían los ricos de su pueblo y que, desde lejos, solían ver con admiración sus ojos de niña. *Sí*, pensó, *debió ser muy hermosa, pero ya no*. Al frente había una franja de terreno con cortes escalonados en forma de

terrazas de lo que fue un jardín y ahora lucía como panteón: los árboles y arbustos, desnudos, esqueléticos, no tenían una hoja siquiera, en el suelo lodoso, no crecía ni la hierba mala. De pronto, sintió que el peso de una mirada cruzaba su pecho; levantó la cara hacia las ventanas de la casa que se encontraban tapiadas con tablones de madera con excepción de una y en esa, del otro lado un cristal cubierto de lágrimas, se movió el cortinaje.

Subió por la empinada escalera de piedra hasta llegar a un porche que la protegió de la lluvia. Se abrió la puerta de la casa y una mujer de cuarenta años, de cara alargada y mejillas pálidas asomó la cabeza. *Adelante querida, no te quedes ahí, deja afuera el impermeable para que se escurra*, dijo. El recibidor tenía el techo alto del cual bajaba un candelabro de doce lámparas de las cuales sólo una funcionaba y apenas servía para dispersar las sombras del lugar. Al frente se veía una escalera en forma de L invertida y a la derecha, a través de un arco, se abría una sala, mejor iluminada gracias a la luz que entraba por la única ventana sin clausura. *Pasa y toma asiento*, dijo la señora. Los muebles eran viejos, de buena madera, pero el tapiz de los sillones mostraba el paso de los años. *Parece museo*, pensó la muchacha. Junto a la ventana estaba sentada, en una silla de ruedas, una jovencita que

miraba hacia algún punto del horizonte. Tenía pelo negro, el rostro enrojecido por una cicatriz enorme y las piernas cubiertas por una gruesa cobija. *Buenas tardes*, dijo Karla. *No va a contestar. Sufrió un accidente en motocicleta y ahora su mente ya no está en este mundo*, acotó la señora, *pero siéntate, siéntate y dime, ¿quieres rentar la habitación?, ¿cuál es tu nombre?, ¿a qué te dedicas?*

La muchacha soltó su bien ensayado discurso: le habían prometido un trabajo, algo seguro, segurísimo, no tenía familiares en la ciudad y el rumbo le venía de perlas. La señora la observaba con mucha atención y sólo desvió la mirada por un breve instante para mirar a su hija. De reojo, Karla notó un ligero movimiento en la mano de la chica.

A partir de ese momento se acabaron las objeciones por parte de la mujer quien dijo llamarse Rosaura. Su hija se llamaba Alejandra. *Tapiamos las ventanas por precaución, el huracán, ya sabes, por cierto, tu cabello es hermoso, ¿eres rubia natural?, sígueme, tu cuarto se encuentra en la planta baja, hasta el fondo*. La mujer no dejaba de hablar. Karla escuchó las condiciones de la renta, estuvo de acuerdo y sacó de su bolsa un billete para pagar la primera semana de pensión. *¿No traes equipaje? No, me lo enviarán en unos días. Bueno, si necesitas algo, me dices, ahora te dejo para que descanses. Afuera, no dejaba de llover.*

La chica observó que su recámara, como el resto de la casa, apestaba a humedad, tenía la ventana clausurada, techo alto, muebles viejos y era imposible dar un paso sin que rechinara el piso. La cama era amplia, con base y cabecera que servían de soporte a un dosel de donde caía una tela vaporosa y percurdida. Una lámpara de palúdica luz, un ropero, un espejo de cuerpo entero adosado a la pared, y un tocador con cajoneras formaban el mobiliario. Escondió su bolso detrás de la cabecera de la cama y, en ese momento, volvió a sentirse observada. Revisó las paredes de su habitación, ¿la vigilaban a través de alguna rendija? No le extrañaría en absoluto, estaba acostumbrada. Decenas de veces la habían grabado en la cama con hombres o mujeres a los que después sus socios chantajeaban. Si tan sólo se hubiese limitado a hacer ese tipo de negocios, pensaba, pero no, la codicia, la cochina codicia.

La llamaron a cenar a las siete y, a pesar de que no tenía hambre, no se pudo resistir a la exigencia de Rosaura para que las acompañara siquiera con un té y un pan tostado.

Karla salió de su habitación con puntualidad y se imaginó que la casa era un domo laberíntico, contenedor de sombras en el cual deambulaban algunas partículas de luz,

luciérnagas que iban de una habitación a otra y de regreso. Encontró a sus anfitrionas en la cocina que era amplia y estaba iluminada por una lámpara que colgaba del techo. Ahí cenaron, sentadas alrededor de una pequeña mesa. *El salón comedor lo abriremos mañana que es el cumpleaños de mi hija Alejandra y tendremos invitados*, explicó la señora. Las ráfagas de viento, como si quisieran impedir alguna desgracia, azotaban con violencia las paredes ennegrecidas de la casa. En ese momento se escuchó un trueno y la luz se apagó por un instante, Karla gritó y se levantó de la mesa, su silla rodó y la taza que tenía en sus manos se estrelló en el piso. ¡Tranquila, niña!, es sólo la tormenta. El huracán sigue por ahí. Rosaura se apresuró a recoger los pedazos de loza del piso. *Es que vi algo...*, dijo la muchacha. ¿Sí?, ¿qué viste?, preguntó la mujer. *No sé... algo*. Rosaura puso a calentar agua. *Estás temblando, Karla. Te voy a dar un tecito muy bueno para los nervios*. La muchacha levantó la silla. Alejandra tenía su mirada enfocada en la ventana clausurada con tablones. *Soy una tonta*, se disculpó. *No digas eso*, dijo Rosaura y se apresuró a poner sobre la mesa una taza de la infusión prometida. *Verás qué con eso dormirás como bendita*.

Pero no fue así, durmió, pero no como bendita sino como condenada. En su sueño vio la cara de aquel muchacho



de pelo ensortijado, diecisiete años; sintió sus besos recorrer su cuello, morder la frambuesa de sus senos y después la garrá de su socio, el Pantera, que tomó del cabello al chico, lo arrastró fuera de su auto y lo refundió en la troca. *Pendejos, no saben con quién se meten*, gritaba el muchacho y no sabían, en eso tenía razón. Después alucinó con el rostro pálido del chaval y sus labios fríos, soñó la angustia del Pantera, jalándose los pelos mientras gritaba: *Ahora sí la regamos. Se nos pasó la mano y mira de quién era hijo*. Pero, sobre todo, ella soñó los ojos del muchacho que la miraban acusadores; esos mismos ojos que vio brillar en la oscuridad de la cocina.

Al despertar, Karla se dio cuenta que ya pasaba con mucho de mediodía. La muchacha intentó levantarse, pero no pudo: todo daba vueltas en su cabeza. Por la puerta se asomó Rosaura. *Buenos días, bella durmiente*, dijo y al ver su estado de salud se ofreció a traerle a la cama un caldo de gallina y otro de sus tecitos milagrosos. *¿Por qué tengo puesto este camisón?, ¿quién me quitó la ropa?*, exclamó la muchacha. *Yo te lo puse ayer, estabas muy cansada ¿no recuerdas?*, contestó la mujer y después agregó: *descansa, debes estar lista para esta noche, vendrán muchas personas que quieren conocerte*.

Y de nada sirvieron negativas ni objeciones, al caer la noche Rosaura se presentó con la misión de ayudar a Karla a

vestirse para la cena. *No tengo ropa*, dijo la muchacha. *Aquí te conseguí un vestido y unos zapatos divinos*, repuso la mujer, le enseñó la ropa. ¿Sabías que tú y mi hija son de la misma talla? Karla sentía que todo era un sueño o una pesadilla. No tuvo la voluntad para oponerse a que Rosaura la desnudara y después le pusiera un vestido de terciopelo rojo oscuro que resaltaba la blancura de su piel. Se dejó llevar por un hombre vestido de negro al salón comedor el cual se encontraba en penumbras, apenas iluminado por algunas velas. Una decena de sombras la observaban en silencio mientras Rosaura le dio a beber un vino espeso que pasó por su garganta entumecida, después vinieron los murmullos sordos y cadenciosos, palabras incomprensibles. Cerró los ojos y empezó a soñar que flotaba como voluta de humo, que se desplazaba por la habitación con suavidad y veía su cuerpo desnudo tendido en un lecho de sábanas negras, estremeciéndose ante el embate de una fuerza invisible que la penetraba al ritmo cadencioso de espaciados murmullos que pasó a ser frenético e incrementó su intensidad más y más y más hasta desbocarse en un delirio salvaje de gritos extáticos. Y en su sueño veía su cuerpo como si fuera su imagen en un espejo, pero después se daba cuenta que eso no era así, que ella estaba sentada en una silla de ruedas con las piernas cubiertas por una cobija y entonces todo se oscureció.

El huracán pasó de largo, las lluvias cesaron y el sol brilló radiante. *Rosaura, comunícate con el notario y dile que voy camino a su oficina*, dijo la joven antes de salir de la casa. A la mitad de las escaleras se detuvo, miró al cielo y dejó que la luz la bañara en un anhelo por mucho tiempo atesorado. Se veía espectacular en un vestido rojo y su cabellera rubia. Volteó hacia la única ventana exenta de clausura y, con un gracioso gesto, le dijo adiós a la inválida quien desde arriba, angustiada, le miró cruzar el portón negro; oyó la voz del viejito franelero gritar “allá está, es ella”; observó por encima del muro de piedra el arribo de la camioneta negra; escuchó el rechinado de llantas que hizo el vehículo al frenar, el ruido de las puertas que se abrían; se estremeció con los gritos de mando del hombre que coordinaba el levantón, el chillido de la joven y el rugido del motor en su raudo escape. Y en su silla de ruedas, la muchacha sintió un enorme deseo de dar rienda suelta a su fea costumbre de morderse las uñas o fumar un cigarrito, mientras pensaba que no cabía duda de que, a Alejandra, esa maldita bruja, le había pasado lo mismo que al Pantera: no supo con quién se metía.



## VERDE ES MI ILUSIÓN

Caminé por el parque y vi, en cada rincón, un par de tórtolos enamorados que derramaban miel a cada suspiro. Los miré y por primera vez en mucho tiempo no maldije con envidia mi triste y solitaria suerte. Pensé que, muy pronto, todo iba a cambiar y ¿por qué no habría de ser así? ¿Acaso una chica de veinte años —como yo— no merecía la oportunidad de conocer a su príncipe azul?

Y pensar que hasta hace unos días no lo creía siquiera posible. El panorama fue distinto al saber que Esperanza, la chica con quien compartía un cuartito en la casa de la señora Reina, cambiaría de empleo. *Mi nuevo jefe me dará un poco más de sueldo y algunas prestaciones*, dijo y yo la vi muy animada. *¿Qué pasará con tu empleo en el asilo de ancianos?*, pregunté, así como no queriendo la cosa. *Debo ir a renunciar, pero no tengo tiempo ni ganas*, contestó. Me ofrecí a ir al asilo; les avisaría que ella tenía que dejar el trabajo. Esperanza aceptó de inmediato.

Mi propuesta no fue desinteresada. Yo quería el puesto vacante, aunque ahí tuviera menos sueldo. Ese era mi sueño. Un anhelo que creció poco a poco hasta hacerse grande. Todo empezó con una plática. Mi compañera me contó que, en aquel trabajo, además de sus actividades diarias, debía acompañar por la tarde a la señora De Mendoza, una ancianita muy dulce y sola, sin ningún familiar en la ciudad con excepción de un nieto el cual la visitaba una vez a la semana. Cada viernes por la tarde, sin falta, llegaba el joven a platicar con su abuelita. Mi amiga Esperanza estaba loquita por aquel muchacho. Tiene unos ojos verdes preciosos y su risa es tan alegre que te ríes con él, decía. También me contó que una tarde, el joven olvidó su abrigo, mi compañera corrió hasta la puerta para entregárselo y él le sonrió. *Esa noche no pude dormir nomás de acordarme de lo bonito que olía el abrigo*, me confesó la muy loca.

Poco a poco, los sueños de ella pasaron a ser los míos. Pero al saber que podría tener el puesto de Esperanza, supe que podrían convertirse en realidad. A la mañana siguiente, me levanté muy temprano, me arreglé y salí hacia la casa de retiro. Durante todo el trayecto revoloteó en mi cabeza la idea de conocer a un joven galán como ése, el de los ojos preciosos, ¿sería alto y delgado? No podía aguantar la espera

que me separaba de ver aquellos ojos verdes de mirada serena, larala, larala.

Llegué a la entrada principal de la casa de retiro. Había una gran puerta de acero forjado con cristales polarizados. Toqué el timbre y abrió la puerta una mujer muy elegante con una enorme sonrisa, pero, al explicarle a lo que iba, puso cara de fastidio y me dijo que la servidumbre entraba por el acceso lateral y cerró la puerta. El dichoso acceso lateral estaba al final de un largo muro de piedra, ahí me recibió la supervisora. Una mujer un poco más amable, a quien le informé que Esperanza ya no iba a trabajar ahí porque —mentí un poquito— había tenido que regresar a su pueblo. La supervisora me pidió que le dijera a Esperanza que, si se iba por dinero, le podían dar un aumento considerable. ¡Uyy, no! Fíjese que no es por dinero sino porque su mamá está muy enferma, dije y miré al piso. La señora puso cara de preocupación y entonces le pedí que me diera el puesto de mi amiga. Ella, después de pensarlo un poco, me hizo pasar a su oficina. *Te advierto: empezarás con el sueldo mínimo y aquí el trabajo es duro*, dijo. Yo le aseguré que por el sueldo no había problema y que estaba acostumbrada a la chamba pesada. Después de hacerme unas preguntas, la mujer aceptó a ponerme a prueba. Debía llenar un formato con mis datos personales, y en eso estaba cuan-

do se escucharon unos gritos espantosos y voces de alarma. La supervisora se asomó en la puerta y pidió le informaran de la situación. *La señora De Mendoza se puso muy violenta*, contestó una voz. ¿Eso es frecuente?, pregunté inquieta. Ya te acostumbrarás, me contestó.

Días después, al cruzar el parque y ver a todos esos enamorados, no tenía duda que a partir de ese momento todo iba a mejorar. Tenía nuevo empleo, pero lo más importante: al siguiente día sería viernes, el día de la visita del nieto de la ancianita y yo iba a estar ahí. Por fin vería esos ojos de aceituna, aquellos ojos verdes, serenos como un lago.

Caminé por los andadores y una duda giraba en mi mente: ¿cómo debía vestirme para esta ocasión tan especial? No tenía todavía uniforme. En una revista alguna vez leí que la primera impresión era muy importante. No había de otra: mi mejor pantalón, la blusa blanca y el cinturón dorado que le presté a Esperanza y guardaba en su ropero.

Al llegar a la pensión no resistí las ganas de extender sobre mi cama el atuendo para el siguiente día. Entré a la recámara y me quedé fría con la sorpresa: ¡ya no estaban las cosas de Esperanza ni mi cinturón!, ¡se llevaron todo! Le pregunté a la señora Reina y me dijo que aquella había sacado sus trapitos para irse a vivir más cerca de su nuevo traba-



jo, que no sabía la dirección y había prometido venir pronto a visitarnos. Pero yo ya no le creo nada, dijo mientras se retiraba a su recámara y agregó: *Es tan mentirosita que a veces hasta risa me da, como cuando toma un nuevo empleo y regresa inventando que ahí vive o trabaja un joven guapísimo con unos ojos verdes pre-cio-sos. ¡Sí no la conoceré yo!*

¡Maldita Esperanza!



## TARDES DE TERTULIA

¡*Mueran los franchutes!*, gritó Luisito mientras cruzaba el enorme patio de la vieja casona familiar, hogar de su abuela Jacinta. A la sombra de durazneros y manzanos, el niño corría dando saltitos galopantes y, con el brazo en alto, agitaba un pedazo de madera a guisa de sable. Con su amago obligó a un pelotón de pollos y gallinas a huir a la desbandada. La heroica gesta se suspendió en el momento que, desde el corredor, la nana Lupe gritó que ya era hora de la comida. El niño sabía que las hostilidades se reanudarían hasta el día siguiente debido a las inclemencias del clima que suelen prevalecer por las tardes en aquella sierra de la neblina eterna.

Era la primera vez en su corta vida que el niño visitaba la casa de su abuela y sus vacaciones transcurrían con la misma rutina: en las mañanas, corría por el patio y por

la tarde, al llegar la niebla, iba a la habitación de la anciana Lola, su amiga.

Tan pronto se conocieron, Lola llevó a Luisito a recorrer la casona: sus salones de altos techos, las recámaras con sus balcones y aquellos extensos pasillos de blancos pisos los cuales le daban al niño la sensación de caminar sobre nubes por el efecto caprichoso de la luz y la sombra. Al llegar a una bodega, la anciana les quitó sus polvosas cubiertas a varias pinturas de paisajes y personas. Separó una de ellas en la cual aparecía un hombre de barba tupida, uniforme militar con una espada en la cintura y en cuyo pecho lucían impresionantes condecoraciones. *Mira, Luisito, es mi padre. Luchó contra los franceses*, dijo orgullosa y le contó historias de aquella guerra. El pequeño quedó encantado con todas esas narraciones épicas, de héroes y batallas.

A la tarde siguiente, mientras ambos platicaban muy entretenidos, se asomó a la puerta de la habitación un anciano. Su nombre era Pedro y la mujer lo recibió con gran alegría. *A ver, profesor, dígame: ¿Verdad qué es igualito a mi hijo Juan?*, preguntó Lola mostrando el rostro del niño. El profesor movió la cabeza de arriba abajo y lo confirmó: *No pos sí, igualito, igualito*. La satisfacción no cabía en el pecho de la anciana. Fue entonces que ella le dio por primera vez un

regalo al pequeño: un relicario de oro en forma de corazón que guardaba la fotografía de una bella mujer. ¡Mira! Así era yo de joven. ¡Te lo regalo! Luisito lo guardó en la bolsa de su pantalón.

Lola y Luis tuvieron, a la tarde siguiente, la visita de don Aurelio, el tendero y don Fermín, el boticario. Ellos sólo pasaron a saludar y apenas se habían marchado cuando llegaron tres hermanas y grandes amigas de la casa: Cucuis, Rosita y Soledad. Lola no podía ocultar la alegría que le provocaban esas visitas, a quienes, sin falta, les pidió su opinión respecto al parecido entre el pequeño Luis y su hijo Juan. Todas celebraron la enorme semejanza. Esa tarde, Lola le dio al niño otro regalo: una cruz al mérito que había heredado de su padre. Le enseñó a fijarla en su camisa: *Así no se perderá*, dijo la anciana.

Una mañana llegó la madre de Luisito a la casa. Habían concluido las vacaciones y venía por él. Jacinta se despidió de su nieto con lágrimas en los ojos, las cuales no trató de ocultar. El niño llevaba en su equipaje, además de su ropa, una bolsa que contenía camafeos, peinetas, cucharitas y otros objetos de muy variada naturaleza. ¿Qué es todo esto?, preguntó la madre del niño. *Son regalos que le dieron, sólo me quedé con el sable. Se lo entregaré el día que sea mayor,*

dijo Jacinta apurándola a partir con un “ya vete, hija, que hoy bajó más temprano la niebla”.

En el coche, mientras cruzaba las nubes blancas que se arrastraban sobre las calles empedradas del pueblo, la madre recordaba, con una sonrisa, lo que le había contestado la abuela Jacinta al preguntarle cómo se había portado el niño: *Luisito bien, es un niño muy bueno, no pasó que desnucara uno que otro pollo. La que anduvo desatada fue tu finada bisabuela Lola. Con decirte que todas las tardes sacaba cosas de mi ropero para dárselas al pequeño y con sus tertulias trajo movidas a toditas las ánimas del pueblo.*

Y así, envuelta en sus pensamientos, la madre de Luis manejó el coche por las neblinosas callejuelas sin darse cuenta de que, en las ventanas, las banquetas, el portón de alguna residencia, cubiertos por un húmedo y vaporoso manto, las ánimas miraban sonrientes hacia la parte trasera del vehículo, desde donde, con un movimiento de mano, Luisito y su amiga Lola les decían adiós.

## TIEMPO DE MUÑECAS

Como cada domingo, vi a Silvia en el atrio de catedral. Saludaba con un elegante movimiento de cabeza a sus amigas de la sociedad. Su porte de reina era motivo de comentarios entre las damas y los caballeros quienes admiraban su cadencioso andar y su no menos espectacular vestido. *Lo traje de París*, dijo una jovencita. *Sin duda y además es rubia natural*, repuso otra. Su sonrisa de carmín le daba color a su rostro.

Había una niña a su lado cargando una muñeca de piel morena. Tenía la pequeña un par de coletas que sujetaban sus cabellos dorados, y era el retrato vivo de su madre a esa misma edad, cuando ella y yo nos conocimos.

Fue en la escuela de monjas y teníamos once años. Silvia llegó ese año de la capital y en la escuela hablaba sólo si la monja le preguntaba algo. Ese día entré al baño y la vi acorralada por dos chamacas granujas que querían quitarle una cadenita hermosa que colgaba de su cuello. Sus ojos se humedecían mientras murmuraba que era un recuerdo de su madre. *Déjenla en paz*, grité y las dos mirruñas nomás me miraron y se hicieron humo, pues no sería la primera vez que les pusiera una zurra. ¡Negra!, me gritaron a forma de desquite, pero esos insultos ya no me afectaban. Silvia sollozaba. ¡La vi tan indefensa! Me contó que su madre acaba de morir y por eso quería tanto aquella joya. A partir de ese día, mientras estábamos en la escuela, no se separaba de mí. Supongo que, al principio, por un comprensible temor a una represalia de aquellas tipas, pero después, poco a poco, vimos que nos agradaba estar juntas.

El día de su cumpleaños me invitó a su casa. Vivía a dos cuadras de catedral, en una casa hermosa con herrajes franceses, cristales de Bélgica y una habitación repleta de muñecas traídas de todo el mundo. Recuerdo que su preferida la había enviado su abuela de España. La llamaba Tití y tenía el pelo rubio como el de ella. Ese día su padre le dio de regalo una muñeca distinta a todas las que tenía: una muñe-



ca morenita y de pelo ensortijado. Silvia dijo que llamaría a la muñeca Kenia y dormiría con ella todas las noches.

Sin embargo, aún en medio de esa abundancia, yo la veía triste, sola. Tal vez por eso, no lo puedo olvidar, le pidió a su tía que dejara que yo me quedase a pasar la noche. Lloró y la mujer, que tenía el rostro tan severo o más que el de la Madre Superiora, se ablandó, no sólo dobló las manos, sino incluso intercedió para que mis padres dieran permiso. Fue la primera de muchas veces que me quedé a dormir en aquel lugar.

En 1955, teníamos quince años y nos gustaba, durante el verano, pasear después de misa alrededor del quiosco llevando en nuestras manos abanico, velo y misal. Hacía calor y era época de vacaciones. Los chicos que estudiaban en la capital habían regresado a pasar un par de meses con sus familias. Era frecuente que estos jóvenes trajeran amigos de la facultad, guapos y atrevidos, a los que no les importaba nada pues acá nadie los conocía. ¡Mucho cuidado con esos chamacos!, nos decía la tía Esperanza que caminaba varios pasos atrás de nosotras, vigilando todo con su vista de halcón. Y jugábamos a coquetear con esos galanes de piel bronceada, alternándonos para mirar intensamente a algún muchacho, mandándoles mensajes con el abanico: lo tomábamos en la

mano izquierda o lo apoyábamos a medio abrir sobre los labios. Casi siempre los muchachos nos ignoraban pues éramos casi unas niñas, pero no faltó alguno que quisiera abor-darnos y entonces, corríamos entre risas a ponernos detrás de la falda de la tía que nada más movía la cabeza en gesto de reproche. Una tarde, sin embargo, los ojos de Silvia brillaron distinto, seguí su mirada y ahí estaba ese españolito recién llegado. En ese momento supe que si el chico nos abordaba ella no correría en busca de refugio, no lo haría. Se quedaría ahí para conocer su nombre, tocar su mano, oler su aroma. Y supe que yo tampoco me iría. Me desabroché dos de botones de la blusa y mostré sin recato mis senos que ya no eran de niña. Los ojos del muchacho no podían quitarse de mi escote. Sí, competí como perra, competimos y yo gané. Silvia se fue con su tía y se terminó el juego, le di las gracias al muchacho y me di la media vuelta.

Pasaron varios días antes que ella apaciguara su enojo y aceptara la reconciliación, pero al final lo hizo. Fue aquel un tiempo de aprendizaje. Como si fuera un juego, nos maquillamos una a la otra. ¡Están muy niñas para eso!, nos regañaba su tía, pero nos dejaba. También fuimos juntas a clases de repostería y de todas las artes que una buena esposa debía saber. A escondidas fumamos nuestros primeros *Lucky Strike* en una boquilla larga de marfil, herencia de su madre.

Cumplimos dieciocho años y el padre de Silvia quiso verla casada antes de los diecinueve. Habíamos subido a otro nivel y no tardaron en llegar invitaciones a tardeadas y fiestas convenientemente acordadas por su tía. Yo la acompañaba a esa pasarela que cruzaba los principales salones de la sociedad porteña, en donde por supuesto, la enorme riqueza de su padre abría todas las puertas. Los conocimos a todos: los guapos y los feos; los simpáticos y los sangrones; los varoniles y los que no lo eran tanto; todos ricos, porque ahí sí no había de otra. Nos divertíamos con ellos, pero a mi amiga ninguno le gustó, lo veía en sus ojos, hasta aquella tarde en casa de los De Mendoza. Había regresado el hijo pródigo. Aquel que había recorrido el mundo en medio de mil escándalos. Buscaban que sentara cabeza. ¡Como si eso lo fuera a cambiar! Y quien mejor que la rica Silvia para esposa. Toda una fiesta para consumir el encuentro “casual”. Ese día se veía deslumbrante con su vestido azul claro de circunferencia completa, zapatos blancos, y su cabellera rubia a la Kim Novak.

Llegamos a la mansión de color blanco, rodeada de árboles. En el centro del patio habían colocado unas carpas enormes y bajo de ellas, algunas de las invitadas conversaban animadamente mientras un grupo de meseros les ofrecían

canapés y bebidas. No había ninguna otra jovencita aparte de nosotras dos. Me daba cuenta de que yo tampoco estaría ahí si Silvia no hubiese insistido ante su tía. Las señoras discutían de mil banalidades y ya me empezaba a aburrir cuando vi los ojos de mi amiga. Miraban al fondo del patio y discretamente encontré lo que tenía cautiva su atención: de una pequeña casita había salido un hombre que caminaba hacía nosotras. Le había hechizado, me quedaba claro. Era Rafael De Mendoza, precisamente el hombre al cual venía a conocer y el origen de todo ese festejo. Le había encantado y no la culpo: era alto, de pelo negro impecablemente peinado, una sonrisa cálida y, sobre todo, unos ojos verdes que eran de leyenda. Después de las presentaciones de rigor, la madre de Rafael tomó mi brazo y me invitó, más bien me llevó casi a rastras, a conocer la casa. Todas las señoras que estaban con nosotras se esfumaron. En el centro del patio sólo estaban Silvia y él. Y literalmente unos violines comenzaron a tocar. Debo reconocer que todo fue minuciosamente planeado. Ella no me confió sobre su conversación, ni yo le pregunté. Mas no se dio cuenta, porque estaba embobada, que Rafael, al saludarme, acarició suavemente mi mano con su dedo pulgar.

No fue casualidad mi posterior encuentro con Rafael en el club de tenis. Lo confieso. Aquella tarde me puse una

blusa rosa escotada y la falda de cintura alta de tubo que resaltaba mis caderas. *Patricia, ¡Qué sorpresa!*, dijo él mientras tomaba mi mano y ahora abiertamente la acariciaba. Ya no recuerdo que dije para justificar mi presencia. Creo haberme quejado de que tenía que regresar caminando al Centro. *Eso no lo puedo permitir, con mucho gusto la llevo a dónde usted me indique.* Y me llevó en su coche blanco descapotado, pero no al Centro sino a la cabaña al fondo de la finca en donde gozaba la vida de soltero. Pasamos a una salita. Una franja de luz rosada se colaba entre las cortinas y partía en dos la penumbra de la habitación. Al fondo se veía sugerente la recámara. Él sirvió un par de whiskys, puso música suave y empezamos a bailar. Su mano acariciaba mi espalda y fue entonces que intentó darme un beso. Le empujé y le pegué una cachetada que le dejó roja la mejilla. Salí de ahí de prisa. Tenía miedo de que me fuera a seguir. Afortunadamente no ocurrió.

Al siguiente día fui a casa de Silvia. Estaba sola pues su tía había salido. *Tengo algo muy importante que decirte*, susurré en su oído y fuimos a su recámara. Ahí podíamos hablar con entera confianza. Entonces le conté todo, o casi todo, porque ella no me dejó terminar. Se enfureció, me gritaba: ¿Por qué?, una y otra vez. Y entonces no pude contenerme más: la abracé fuerte y puse mis labios cerca de los

suyos y la besé. Se quedó fría tan solo un momento, pero después buscó librarse de mis brazos, resbalamos y caímos al piso. La besé de nuevo y de pronto ella dejó de forcejear. Siguió mi juego, mordió suavemente mi cuello, acercó su boca para que mi lengua acariciara la suya. Levantó su pierna y la ciñó a mi espalda. Su falda subió a la cintura y mi pierna se deslizó entre las de ella. Acaricié suave, muy suave, la parte posterior de sus muslos y su mano cubrió mi seno, así como muchas veces antes lo hicimos en aquel mismo lugar, en esas nuestras dulces noches juntas, veladas en las que habíamos alcanzado las estrellas explorando el universo. Kenia nos miraba con sus ojos de cristal y su sonrisa eterna. Podíamos haber llegado al mismo cielo, pero Silvia puso sus manos en mis hombros y me alejó. ¡Vete! No tarda en venir mi tía. Yo hablaré con mi padre y le diré que no quiero nada con Rafael. Pero ahora tienes que irte. Escuchaba sus palabras, pero sus ojos me decían otra cosa. Nos pusimos de pie, nos acomodamos la falda, nos arreglamos el pelo y ese fue el fin del “nos”. Yo salí de su casa para, lo sabía, no volver jamás. Silvia dejó de jugar con su muñeca. Un día yo encontré en el periódico el anuncio de su boda a la que no me invitó y es a partir de entonces mi único consuelo ver su rostro de diosa cada tarde de domingo en el atrio de catedral.

## TAMALES DE CERDO

Toña y su hija Rosa inflan los cachetes enrojecidos por el esfuerzo. *La caja está bien pesada, mamá*, dice la muchacha. El silencio es su respuesta. Amarraron el bulto de cartón con un mecate de tal suerte que cada una de ellas pudiera sujetarla de su lado y así dividir el trabajo. Al salir de la vecindad se topan con un hombre que barre la acera. *Buenos días, señora Toña, señorita*, dice Jesús, el portero del edificio, mientras pone su escoba al hombro como presentando armas. *Buenos días*, contesta la madre con casi un pujido. *Esa caja se mira muy pesada, doña, ¿quiere que le ayude?, ¿va a llevarla muy lejos?*, pregunta el hombre. *No, gracias, vamos aquí cerca, nomás tras lomita*, contesta la mujer y aprieta el paso. Cinco perros con el rabo alegre siguen a la pareja.

A la memoria de la mujer vienen los recuerdos de cuando tenía doce años y la mandaban al nixtamal por la

masa. ¡Esas cubetas sí que estaban harto pesadas!, recuerda. Y ni modo de quejarse pues desde muy pequeña le metieron en la cabeza un mandato: Aquí todo mundo trabaja y nada se desperdicia. Al cumplir los quince años, la llevaron al mercado y le buscaron empleo. Fueron de puesto en puesto para mostrar sus cualidades: No solamente está grandota, sino también es lista y fuerte, decía su padre y señalaba los poderosos brazos de la chamaca. Consiguió trabajo en una carnicería.

§

—¿Y si tomamos una combi? —pregunta Rosa y mira con ojos de ternero a su madre.

—¿No tienes vergüenza? Después de que estamos aquí por tu culpa —contesta Toña.

Rosa agacha la cabeza y aprieta los labios. Ambas mujeres respiran hondo y después toman su lazo de mecate, levantan la caja y reanudan la caminata.

—Además, sólo son unas cuadras para llegar a la tamalería de don Arturo —dice Toña rompiendo el silencio—: No estamos para desperdiciar nada, ni un solo centavo.

§



¿Podemos descasar tantito?, insiste Rosa y su madre esta vez accede. Dejan en el piso la caja y ambas se frotan las manos. La madre ve a su hija. ¿Podría acaso culparla por lo ocurrido? ¿No era ella igual de atrabancada a esa edad? *En aquellos días, recuerda Toña, inspiraba respeto a todos en el mercado tan pronto veían mi destreza para manejar el cuchillo y el gancho, para desprender los distintos cortes de una res. Pero nomás conocí al padre de Rosa y doblé las manos. Todo para que terminara el desgraciado rompiéndome el corazón. Tenía apenas diecisiete añitos.*

Aquel hombre le enseñó a Toña las consecuencias de la ingenuidad. Su bebita vivió con su abuela hasta que la anciana falleció y entonces las cosas se pusieron feas.

## §

La tenacidad fue lo que sacó a Toña a flote durante todos esos años. Trabajó de mesera en fondas, vendió ropa en los bazares. En el último año, consiguió trabajo en una carnicería y cocinaba, con ayuda de su hija, tamales sobre pedido para complementar sus ingresos. Con los años, la falta de dinero dejó de ser para Toña motivo de preocupación. Ahora Rosa había crecido y salía a divertirse

con otras adolescentes. Era la madre quien se quedaba en casa, asomada a la ventana. Se había convertido en una espectadora en el teatro de la vida. Atrás quedaron sus sueños. Entonces empezó a cortejarla Pedro, un compañero de trabajo más joven que ella. Tal vez no sea demasiado tarde, pensó Toña.

§

Fue así, como quien realiza un sueño, que Toña trajo a Pedro a vivir a su departamento. Las cosas marcharon bien. La pareja salía muy temprano por la mañana al mercado y regresaba al caer la tarde. Rosa se iba a la escuela más tarde y ella misma se preparaba de comer. Pedro y Toña se ganaron a pulso la confianza del patrón: a él lo enviaba a realizar diligencias fuera del mercado y a ella le encargaba todo lo relacionado con el local. Una tarde llegó el patrón muy nervioso. Daba órdenes en forma precipitada. Había que desalojar el negocio porque no había podido pagar su cuota y los malos se iban a desquitar. ¿Dónde está Pedro?, le preguntó a Toña. *Fue a un mandado suyo*, contestó Toña a un patrón demasiado alterado como para comprender la respuesta. *Llévate tus cuchillos y los de Pedro. Les hablaré tan*

*pronto sepa en dónde vamos a trabajar, dijo el patrón y agregó: Si saben lo que les conviene, no se van a quedar aquí a ver cómo llegan esos tipos.*

Toña regresó temprano a su departamento. Cargaba en una bolsa sus cuchillos. Lo ocurrido en el día le alteró los nervios. Le preocupaba que Pedro no había contestado sus llamadas y temía que fuera a regresar a la carnicería. Además, aunque tenían algunos pesos ahorrados, le inquietaba que se iban a quedar sin trabajo por un tiempo. Abrió la puerta y escuchó la música a todo volumen. *Esa Rosa no se mide*, pensó. Se encaminó a la recámara de su hija y ahí vio a la chica, gimiendo con las piernas formando una V perfecta y en medio una espalda ancha y conocida. Era Pedro, en trance de la pequeña muerte, que en su caso se convirtió en la grande, la buena, al enterrarle Toña la hoja de su cuchillo entre las costillas y después, nada más le pudo ver la cara, le cortó el cuello con una habilidad que, en otras circunstancias, hasta el mismo Pedro lo alabaría. ¿Su hija? Ella se escondió en un rincón.

—No te quedes mirando, ayúdame a llevar a este puerco al baño —dijo Toña.

—Llegó justo a tiempo, señora Toña —dice don Arturo.

—Ya ve, es que somos muy puntuales —contesta la mujer. Madre e hija colocan la caja del otro lado del mostrador en donde un joven empleado del establecimiento la abre y saca los tamales para empacarlos en cajas más pequeñas.

—Se han vendido muy bien sus tamales de cerdo, doña. Quiero que me traiga más.

—Claro que sí, señor. Cuente con ellos —contesta Toña.

Después de cobrar su entrega, las dos mujeres de despiden de don Arturo y emprenden el regreso, en silencio y con la cabeza gacha. ¿Qué vamos a hacer ahora, mamá? Toña suspira y abraza a su hija. Las dos lloran quedito. Por fin, Toña contesta en voz baja: *No queda más que ahorrar para los pañales*. Las mujeres reanudan su camino seguidas por el perro más terco de la jauría, el único que todavía no acepta que ese día no habrá nada para él.

## INDECISOS

Ella entra al departamento y lo primero que hace es quitarse los zapatos de tacón. Camina a tuestas por la habitación casi a oscuras, apenas iluminada por las luces de la calle que se cuelan por la ventana de la sala. Enciende la lámpara de la cocina y ve el reloj colgado sobre la pared: faltan quince minutos para las nueve. No hay tiempo para lavar los trastes sucios que se apilan en el fregadero. Saca del refri un sándwich de jamón y, mientras lo entibia sobre el comal, se apresura a esconder el tiradero lo mejor que puede.

Al filo de las nueve va a su dormitorio. Entra a la cama sin más ropa que un camisón de satén y se cubre con la sábana hasta el cuello. Un portazo y el sordo ruido de unas pisadas lentas anuncian la llegada de su marido. *Te dejé un sándwich en la cocina, si está frío, caliéntalo en el comal*, grita. El ruido de platos desde la cocina es la tácita confirmación

que se recibió el mensaje. Ella cierra los ojos. En su mente reverberaba su propia voz con el reclamo de siempre: *Entonces, ¿qué vas a hacer?, ¡contéstame!*

—¿No hay cervezas? —preguntan en la cocina.

—Queda sólo una. Está en el refri, al fondo.

Él necesita un empujón para hacer las cosas, eso lo sabe ella muy bien. Hasta el momento no ha escatimado esfuerzos para animarlo, aunque sin éxito. En este caso, el que calla no otorga, se dice. Unos ruidos que vienen del baño la distraen: olvidó de nuevo subir el asiento del inodoro, Aspira y expira profundo un par de veces y vuelve a meterse en sus pensamientos, en lo último que le dijo: *No podemos seguir así, ¡decídete!, es ahora o nunca, papacito. Después no te quejes si vuela la paloma.*

—¿Sigues enojada? —dice él y ella gruñe, abre los ojos y lo ve entrar a la habitación. El hombre se mete desnudo a la cama y guarda la distancia.

—¿Es por lo de la camioneta? ¡No te enojés, muñeca! Es sólo que no estoy seguro de que sea buena idea.

—Ya no quiero oírte hablar más de eso —dice ella y le da la espalda. Piensa: *la indecisión, ese es el problema.*

—Bueno, tú ganas, te prometo que voy a pedir otra opinión —concede y se aproxima bajo la sabana. Busca acariciar su vientre.

—¡Ahora no!, me duele la cabeza.

Él se queda congelado. Se gira. Permanece inmóvil unos minutos y después se levanta para ponerse la pijama. Ella cierra los ojos y echa unas horas atrás el recuerdo. Trae de la memoria los suaves besos con los que su amante cubrió su cuerpo. Una sensación que la atormentará toda la noche y, es inútil negarlo, la obligará a llamarlo mañana a primera hora para pedirle perdón por su berrinche, para rogarle que no la deje, que no importa que se vean sólo de tarde en tarde como hasta ahora. *Ay, si al menos se animara a decirme que me vaya con él. Tal vez algún día, uno nunca sabe. ¿Por qué siempre me enamoro de tipos así? ¡Maldita sea!*





## MORIRÉ JOVEN

¡Regresa temprano a casa esta noche! Ese era, más o menos, mi horóscopo del día. Aún sin ser clarividente, cualquiera que conociera el saldo disponible de mi tarjeta de crédito y el importe de efectivo en mi cartera concluiría que sería un comportamiento responsable venir derechito a casa al salir del trabajo. Por lo menos hasta que pudiese cobrar la quincena. ¿Qué necesidad de dar lástima?

Me llegó un segundo aviso antes de dejar la pensión. Doña Eduviges, mi casera, barría el patio y al verme me recomendó llevar el paraguas. *Pos ahí tú verás, en esta época llueve muy fuerte por las noches*, dijo sentenciosa al ver que yo no le hacía caso.

De camino a mi oficina observé que las calles estaban totalmente encharcadas. ¡Cómo llovió ayer! Pero si hoy llueve, será después de medianoche y para entonces yo ya

estaré calientito en mi cama en compañía de un buen libro, pensé con toda justificación. Sobre todo, tomado en cuenta las reglas de la casa que me había recitado la doña desde que renté el cuarto: a las diez de la noche sin falta se cierra por dentro el portón y no se abre por nada ni por nadie. ¿Y si llego después de las diez?, pregunté. *Pues te vas a dormir a la central camionera o a un hotel, porque ya acostada no me paro ni aunque sea el fin del mundo*, contestó contundente. Por eso, siempre traía en mi cartera un billetito, pal ladrón, como solía decir mi padre o en caso necesario, para pagar un cuarto de algún hotel de quinta.

## §

Al llegar al despacho me encontré con la noticia de que habíamos ganado un jugoso contrato y eso nos aseguraba la chamba por un buen tiempo. El ambiente era festivo, todos sonreían y más al anunciarse, de parte del jefe, la invitación a una pequeña *party* en un antro que a él le encantaba. *No puedes faltar chaval. El jefecito se fija mucho en esos detalles y acuérdate que es él, y nadie más, quien asigna los bonos*, me advirtió Pepe y levantó una ceja como si adivinara que yo estaba a punto de cometer el acto suicida de no ir al festejo.

*Bueno, pero ¿cómo va a estar el asunto?*, pregunté y Pepe, quien sabía que yo debía regresar temprano a la pensión, dijo vendiéndome la idea: *no, pues, llegamos temprano y ya que diga su discurso el jefecito, que brindes con él un par de veces para que te empiece a conocer, pues te escurres y no pasa nada.*

Hice un balance entre los pros y los contras. *Iré, lo prometo*, dije.

§

Mirage. Así se llamaba el antro en donde sería la *party* y no estaba nada mal, siempre que fueses ochentero de corazón. Las paredes decoradas con *posters* de Michel Jackson, Madonna, U2 y afiches de películas que mostraban, en su lejana juventud, a Meryl Streep, Jodie Foster, Stallone, Harrison Ford y Schwarzenegger.

A las siete de la tarde entré a ese amplio galerón lleno de palmeras y en cuyo techo, sobre un fondo oscuro, mostraba cientos de lucecitas que evocaba un cielo repleto de estrellas. Al fondo habían juntado varias mesas y en el lugar de honor estaba el jefe, un hombre sesentón con el pelo totalmente blanco y barba de candado. Pepe agitaba los brazos para orientarme en donde aterrizar. Me había apartado un lugar.

¡Que viva el patrón!, gritó un tarado al otro extremo de la mesa y todos, con una sonrisa hipócrita, levantamos nuestros vasos. ¿Ya dio el jefecito su discurso?, le pregunté a Pepe. ¡Ya! ¿En dónde diablos andabas?, me reprochó. Evadí dar respuesta a su pregunta con un “luego te cuento”. No era el lugar ni el momento de decirle a Pepe que había ido a un cajero para retirar los pocos pesos que aún tenía en mi cuenta. *No vayas a llegar tarde a casa esta noche*, parecían decirme Cuauhtémoc y Sor Juana mientras los metía bien doblados en mi cartera. Me hice el propósito de regresar antes de la diez a la pensión, sin excusa ni pretexto.

En ese momento, vimos que el jefe, cojeando en forma notable, se marchaba del brazo de su bella secretaria. ¿Ya se va?, exclamé sorprendido. *Sí, nos adelantó en su discurso que se marcharía temprano porque tenía que salir de viaje. Jeje, ¡ni quién se lo crea!, todo mundo sabe que va a pasar la noche con la buenérrima de su secre*, dijo Pepe. Para nuestra fortuna, antes de partir, el patrón había dejado pagadas unas botellas de tequila que empezaron a desfilar por las mesas. El ambiente no decayó, aún era temprano y no paraba de llegar gente al antro. Un par de mujeres se instalaron cerca de nuestra mesa. Antes que las damas pudieran acomodarse, ya tenían encima al ladilloso de Pepe quien, para mi sorpresa,

las convenció de que se integraran a nuestro grupo. Se llamaban Angélica y Elbi. Mi amigo me presentó: *este jovencito está recién desempacado de la universidad y viene de Tlaxcala*. Las chicas sonrieron y dijeron algunos comentarios en tono amable y se escucharon las palabras “cachorrito” y “mi niño”. Me pareció ver en los ojos de Angélica un brillo especial. Ella tendría unos cuarenta años, lucía el pelo recogido en una cola, lentes de grueso armazón y un traje sastre café con una blusa abrochada hasta el cuello. Noté, a pesar de la penumbra, que el ambarino de sus ojos resaltaba con el bronceado de su tez.

La noche fluía. Todos nos paramos a bailar y más tarde inició el *karaoke*. Ya con unos tragos encima, Angélica insistió en subir conmigo al escenario para cantar. Mientras destrozábamos una canción, ella acurrucó su espalda en mi pecho, tomó mis manos para ponerlas en su cintura y frotó, al ritmo de la música, sus nalgas en mi pelvis. No tardó en ser visible un bulto en mi pantalón. Sin embargo, al regresar a la mesa, ella me soltó y tomó distancia. Ese vaivén se repitió una y otra vez: al bailar pegaba su cuerpo al mío y rodeaba mi cuello con sus brazos, pero en la mesa, ni siquiera se acercaba un poco. Pronto entendí el juego y recordé lo que postulaba un compañero de la universidad: *No hay me-*

*jor manera para alcanzar el profundo conocimiento del placer que dejarse en manos del afán magisterial de una mujer madura.* Debo confesar que para mí esa era una asignatura no cursada. Pero nunca es tarde, pensé al sentir el cuerpo de Angélica junto al mío.

No lo niego, la pasé muy bien, pero ya cerca de las nueve de la noche hice una seña que Pepe entendió de inmediato. *Ahorita regresamos chicas*, dijo y se levantó conmigo, pero en lugar de buscar la salida me empujó al baño.

—No te vayas compadre, ¡Échame el paro! Mira que, si te vas, se va Angélica y si se va Angélica se va Elbi. ¡No friegues!

—Pero si no me voy, ya no podré entrar a mi casa. No quiero dormir en la calle.

—No, chavo. Por eso no te preocupes. ¡Te quedas en mi casa! ¿Sale?

Pepe juntó sus manos como implorando al cielo; usó expresiones como “trabajo en equipo” y “hoy por mí, mañana por ti”. Yo acepté, no sin sentir algo de incomodidad.

Tan pronto se acabó el tequila, Pepe propuso ir al pozole de doña Guille. Un tugurio que permanecía abierto toda la noche. Ahora fui yo quien, en un descuido de las mujeres, le dije: *cabrón, acuérdate que no traigo dinero.* Y él se la sacó

con que me prestaría una lana y desarmó mi argumento. El caso es que llegamos a la pozolería y el local estaba casi lleno. Por fortuna conseguimos una mesa para cuatro. Era una mesa de gabinete y Angélica se sentó a mi lado. La cena transcurrió sin novedad hasta que, al regresar de una visita al sanitario, sentí que una grieta se abría bajo mis pies: Elbi y Pepe se habían marchado.

*Tu amigo dejó dicho que pagaras su parte de la cuenta,* me explicó Angélica quien estaba transformada: tenía el pelo suelto, se había quitado los lentes y mostraba con generosidad buena parte de sus tetas. Me confesó que había sido una muy agradable sorpresa conocerme esta noche y, en medio de esa reveladora plática, pasó lo que temía: llegó la cuenta.

Saqué mi cartera y, al abrirla, podría jurar que escuché, desde el fondo de la misma, a los monitos de los billetes recriminarme a coro: *Te lo advertimos*. Ya no había remedio. Para pagar la deuda tuve que sacrificar hasta mi querido billetito de reserva. Estaba arrepentido de no haberle hecho caso a mi horóscopo, pero mi ánimo mejoró cuando Angélica, con una sonrisa coqueta, deslizó su mano entre mis piernas y propuso que fuéramos a su departamento a tomar una copa. *Vivo a una cuadra y no hay nadie en casa,* dijo. No lo

dudé mucho; ¡acepté de inmediato! Recuerdo haber pensado en aquel momento que la astrología estaba sobrevalorada.

Al salir de la fonda, le ofrecí el brazo a mi acompañante y ella se colgó de él. La noche estaba fresca y las calles solas. No pasaron ni cinco minutos y ya habíamos entrado a su departamento, a una sala tenuemente iluminada. La vi quitarse el saco y mis ojos recorrieron sus formas redondas y firmes. Entonces ella puso música y se acercó mirándome como gata a ratón. Bailamos pegaditos, sus labios tomaron los míos con un beso, tierno al principio, pero después profundo y apasionado. Y en un instante, en un impulso salvaje, llegamos desnudos a la cama dejando a nuestro paso una estela de ropa. Me dejé llevar por su calor y cerré los ojos. Sentí sus labios recorrer la ruta de mi pecho a mi vientre mientras sus uñas marcaban mi piel... y, en ese instante, sonó el teléfono de Angélica. Con un movimiento felino, ella lo tomó para contestar. ¿Qué pasó, mi amor?... ¿Tuviste que regresar a la ciudad?... ¿Olvidaste tus llaves?... No, no escuché el timbre, ya estoy en la cama... Claro que sí, en un momento abro el portón del edificio.

Yo miraba al techo mientras la escuchaba hablar y, cuando ella colgó, no me extrañó que dijera: *Te tienes que marchar rapidísimo, mi niño. Abajo está mi marido y es mejor que ni te vea. ¡Vístete!*



Más tardé en encontrar mis prendas que en ponérmelas y, todavía con los zapatos en la mano, salí del departamento. Al despedirse, Angélica metió un papelito en la bolsa de mi camisa. *Es mi número de teléfono, no dejes de llamarme, verás cómo te lo voy a compensar*, dijo, me dio un beso y cerró la puerta. Al bajar por las escaleras escuché el zumbido de la cerradura eléctrica y noté que subían unas pisadas. Puse mi mejor *poker face* antes de cruzarme con un hombre de pelo blanco, barba de candado y que cojeaba mucho. El ruco me miró tratando de ubicar mi rostro desencajado por la sorpresa. Bajé la mirada y dije: *Buenas noches. Buena noche*, escuché.

Ya en la calle, permanecí unos minutos, sobre la banqueta del edificio, evaluando mis escasas opciones, buscando en mi chaqueta mi caja de cigarrillos que estaba en ese momento en el saco del pinche Pepe. En fin, resignado me consolé al pensar que al menos la larga caminata a la central camionera me serviría para reflexionar sobre el sentido de la vida, sobre eso de beber el cáliz hasta la última gota o bien, sobre aspectos más prácticos, como encontrar la forma de entrar a la pensión sin llave.

Y en ese momento, envueltas en una coreografía de rayos y truenos, las primeras gotas de lluvia comenzaron a caer.



## CUERNOS EN LA LÍNEA

Los hombres de las cuadrillas que dan mantenimiento a las líneas de alta tensión son gente intrépida y ruda. Eso de subirse a las torres energizadas con cientos de miles de voltios no es cualquier cosa. Y aunque no estuviesen energizadas, el caminar sobre una trabe a cincuenta metros de altura sin red y con ráfagas de viento de varios kilómetros por hora le enchina la piel a cualquiera. Les llaman linieros. En los años ochenta, el jefe de una cuadrilla ostentaba una jerarquía que iba más allá de lo laboral. No era extraño que tuviese bajo su mando a sus propios hijos o los de antiguos compañeros. Todos los lunes muy temprano salían del pueblo. Un chofer los conducía en una camioneta de doble tracción por intrincadas brechas hasta acercarse lo más posible a la línea. Ahí se bajaban y seguían la ruta a pie. El chofer llevaba la camioneta a otro punto en el cual, al final de ese día o del siguiente, se volvían a encontrar.

Joaquín Rojas era el capataz de la cuadrilla Moctezuma cuya base se encontraba en el poblado de Tamarindos. Él tenía cuarenta y tres años y casi veinticinco de experiencia. Era el veterano del grupo. En la cuadrilla había otros cuatro linieros.

El lunes por la noche les tocó acampar al aire libre. Alrededor de la fogata, los hombres escucharon a alguien contar chistes viejos y anécdotas rancias. Por su trabajo, que los mantenía alejados de sus casas de lunes a viernes, no faltaba la aparición en los muy trillados relatos de un personaje mítico: *Gordo, dinos, ¿Cómo te va a ti con el Sancho?*, preguntó uno de los linieros. ¿A mí?, muy bien. Con tal que no se ponga mis pantuflas, contestó el aludido y se soltaron las carcajadas.

Entre penumbras se encontraba Epifanio, uno de los más jóvenes linieros y recién casado. El muchacho no parecía disfrutar los relatos. Su rostro se mostraba descompuesto. Sufría. Eso no le pasó desapercibido al Gordo.

Al siguiente día, muy temprano, Epifanio se acercó a Joaquín y le pidió hablar en privado. El capataz y el joven se alejaron del grupo y nadie más pudo saber lo que decía. La cuadrilla partió guiados por la trayectoria de la línea con excepción de Epifanio. Este ciñó a su cintura el machete y se internó en el bosque en sentido opuesto, rumbo a la brecha que conducía al poblado.

Mientras avanzaba el grupo, fue el Gordo quien se acercó a Joaquín y en voz baja le preguntó: ¿A dónde va el chaval, compadre?

—Aquí cerca. Al doctor.

—¿Al doctor? ¿No será que se va a regresar a Tamarindos?

—¿Para qué tendría que ir el muchacho allá?

—No me digas compadre que no has oído que a la esposa de Epifanio se la está pedaleando uno del taller mecánico. Ayer lo vi muy serio cuando bromeábamos sobre el Sancho. Y qué casualidad, hoy se enferma. Así como estamos de lejos, va a llegar a su casa apenas entrada la noche. ¡Tú no quieres una tragedia, Joaquín!

—¿Estás seguro? A mí me pareció que estaba enfermo.

—¿Seguro? ¡Claro que sí! Todo el pueblo lo sabe. Ya ves cómo son chismosos por allá. ¿En qué mundo vives? Recuerda que la sangre joven se enciende muy pronto.

—Eso sí, ¿Qué propones? —dijo Joaquín con la boca torcida.

—Yo digo que hablemos por radio al operador de Tamarindos para que le avisen a la esposa de Epifanio que va su esposo hacia allá.

—Hay que esperar. Si esta tarde no llega Epifanio al punto de reunión, hablamos desde el radio de la camioneta al pueblo. Ahora ponte a trabajar.

Al anochecer llegó la cuadrilla a la ranchería Los Pepitos en donde pasarían la noche. En ese punto un lugareño les rentó un cobertizo. Ahí encontraron al chofer y la camioneta. Cada uno bajó de la troca su catre y se instalaron en los lugares de costumbre.

Joaquín y el gordo salieron del cobertizo y se sentaron a ver el cielo. El capataz sacó de la chaqueta una caja de cigarrillos y la compartió con su compadre. Ambos fumaron en silencio.

—¿Ya hablaste al pueblo? —preguntó el Gordo.

—No, quise esperar un poco. A ver si llegaba el chaval.

—Pues ya debería estar aquí.

—Lo sé. Pero acuérdate que el radio tiene frecuencia abierta. Lo que yo diga lo van a escuchar en toda la zona.

—Pues sí, pero será peor si no hablas —insistió el Gordo.

El capataz tiró la colilla del cigarrillo y apretó los puños. Por su garganta bajo el amargo sabor de la duda. Respiró profundo y se puso de pie. Su compadre lo imitó. Vamos a hablar, pues, dijo Joaquín.

Ambos hombres caminaron hasta la camioneta. Encendió el radiotransmisor. Por la bocina se escucharon las conversaciones cruzadas entre varios grupos de trabajo. El capataz tomó el micrófono y volvió a tomar aire.

—Control Tamarindos, aquí Joaquín Rojas de la cuadrilla Moctezuma, cambio.

El capataz aguzó el oído para identificar la respuesta entre las voces que se alternaban para utilizar la frecuencia abierta.

—Cuadrilla Moctezuma, aquí Control Tamarindos, cambio.

Joaquín aclaró la garganta.

—Control Tamarindos, necesito que le pasen un recado a la esposa de Epifanio Cadena, cambio.

—Cuadrilla Moctezuma, aquí Control Tamarindos, ¿cuál es recado?, cambio.

Joaquín se mordió el labio. El gordo movía la cabeza animándolo.

—A ver, Control Tamarindo, favor de avisar a la señora que Epifanio va para allá, cambio.

El silencio fue total. Todas las conversaciones cesaron. Fue como si un fenómeno electromagnético se hubiese tragado a todo el espectro de la radiofrecuencia. Joaquín apretó los puños. Ya iba a solicitar que le confirmaran la recepción de su solicitud cuando se escuchó la voz anónima, fingida y burlona de un tercero.

—Córrele Control a avisarle a la señora, antes que la cachén con Sancho, Jajajaja.

El capataz no quiso escuchar más. Furioso, apagó el aparato. ¡Lo sabía!, sabía que esto iba a pasar, dijo y regresó al cobertizo. El Gordo lo siguió a prudente distancia. Al entrar en el cuartucho, Joaquín sintió el peso de la mirada de sus muchachos. Se notaba a leguas que estaban enterados a la perfección de lo que ocurría. El capataz sacó un cigarrillo y lo llevó a los labios.

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó uno de los linieros.

Joaquín miró la luz rojiza de la colilla.

—No lo sé. Será lo que Dios quiera. Pero de lo que si estoy seguro es que en Tamarindos ya se armó un verdadero desmadre —contestó y los linieros bajaron la cabeza y guardaron silencio.

— ¿Qué desmadre? ¡Pasen el chisme! — dijo una voz lejana y conocida.

Todos miraron a Epifanio, con cara adolorida, salir de la noche con una bolsa de medicinas en la mano.



## LA ÚLTIMA ILUSIÓN

Esa mañana, apenas se despierta, Inocencio Quintana intuye que será un día especial. Se levanta a la hora de siempre y se da cuenta que, como de costumbre, su esposa ya salió de la casa. Ni siquiera se pasa el peine por la melena. En chancas y restregándose los ojos, se escurre por la puerta trasera de su casa. Con sigilo recoge del portón de su vecino el periódico del día. Pasa de largo las noticias rancias que llenan la portada. Busca la página que patrocina la Lotería Nacional. Ve el número ganador y mira al cielo por unos segundos. Llena sus pulmones con el aire fresco matutino y ruge un “¡A huevo!”. Sin pudor, con los brazos en alto, grita sin parar: ¡sí!, ¡sí!, ¡sí! Tan pronto se le acaba el aire, regresa a su vivienda a grandes pasos. Lleva en la mano derecha la evidencia de su triunfo y, en su mejilla, un par de lágrimas guardadas por años de cuitas y esperas.

Al entrar a su casa, la serenidad ha regresado a él. Va directo a la recámara, toma un portafolios de piel marrón con las esquinas gastadas y lo abre. Respira hondo y extrae un billete de lotería. Lo maneja con mucho cuidado, lo mira con gran cariño. Coteja el número de folio con el desplegado como ganador en el periódico y suspira. Vuelve a guardar el billete en el maletín. Siente un ligero mareo. Es la emoción, se dice. Busca en el refrigerador algo que comer: nada. En la alacena encuentra unas pocas hojuelas de cereal, ya blandas de tan viejas. No importa, la época de estrecheces terminó, se consuela. Come sin apetito. Por años se ha imaginado todo lo que haría de resultar ganador: viajar a Londres, autos, deambular por París, joyas, vagar en Nueva York y así. Pero hay algo que se empecina en aguarle la fiesta. Sabe bien lo que causa esa sensación: la ola de inseguridad que azota la ciudad, delitos que se saben a través de los amigos, eventos que nunca serán tema de una nota en el periódico local, autocensurado desde hacía mucho.

La última novedad es lo que se dice sobre un recién jubilado a quien, justo el día que le entregaron su liquidación, le secuestraron a un familiar. *Ni la burla perdonan esos desgraciados, ¿creerás que los criminales pidieron como rescate la cantidad exacta escrita en el cheque de la empresa?*, le con-

tó su esposa. Todos concluían que esos pelafustanes tenían cómplices en todas partes: en los bancos, las tiendas, los juzgados. Si algún día llego a pegarle al gordo de la lotería me iré a la capital y por allá veré que hago, pensó en aquel momento Quintana con aplomo.

§

Empezó a comprar billetes de lotería desde hacía muchos años. Era un joven cargado de ilusiones que se cayeron junto a las hojas del calendario, todas menos aquella: ¡ganar el premio mayor! Decía tener un método infalible: comprar billetes con número terminado en ocho, la serie completa y siempre en el mismo estanquillo —Los Vapores—, en donde ya lo consideraban en la repartición de calendarios a fin de año.

Su esposa no pudo quitarle esa costumbre, por más que lo intentó. De nada sirvió explicarle lo mucho que necesitaban el dinero; exponer la casi nula probabilidad que había de ganar un premio, y menos con su bien merecida fama de charalito seco. *No has ganado un solo concurso en toda tu vida*, le echaba en cara. Fue inútil.

§

Inocencio se sobresalta al escuchar el timbre de su teléfono. Le llaman de su trabajo. Mira su reloj y se da cuenta que a esa hora ya debería estar allá. Se me fue el tiempo como agua, piensa. Contesta la llamada. No sería raro recibir del dueño una reprimenda telefónica. ¡Que lo intente! Ahora sí me va a escuchar esa sanguijuela. Pero quien llama no es su jefe sino Fidel, un compañero.

—¿Qué pasa?, ¿No puedo por un día llegar tarde? — pregunta Inocencio.

—¡Tranquilo, mi Chenchó! Yo nomás te hablo porque un par de hombres vinieron a la tienda y preguntaron por ti.

—¿Serán de algún banco?, ¿cobradores?, díles que no voy a ir hoy a la tienda, que estoy enfermo.

—No creo que sean de ningún banco. Estos tipos están llenos de tatuajes y más bien parecen de los malos. Te aviso para que te cuides —dice Fidel antes de colgar.

¿Quiénes son esos tipos que me buscan y por qué?, ¿será por lo del premio mayor?, ¿acaso alguien en Los Vapores me ha traicionado? Los signos de interrogación se agolpan incontenibles dentro de la cabeza del hombre. No tiene caso arriesgarse. Debe escapar de inmediato. Toma su maletín, se enfunda una sudadera con capucha que le sirve para ocultar el rostro y se escurre por la puerta trasera. Gracias a su experiencia para

evadir cobradores, no se le dificulta salir de la zona. Salta bardas, atraviesa callejones y vecindades hasta que llega al negocio de Pablo, su compadre. Como si entrara a su casa, Inocencio se cuela hasta el fondo de la tienda, a una habitación que sirve de oficina y sala de reunión.

¿Qué te ocurre, Inocencio?, ¿no fuiste a trabajar?, ¿parece que has visto al diablo?, dice Pablo. El recién llegado cae sobre un sofá. Jala aire y se seca la frente húmeda con las mangas de su sudadera.

—¡Me buscan! Seguro es por el billete de lotería — dice con un susurro Inocencio.

—Tranquilo, ¿Cuál billete de lotería?

Como puede, entre sofocones, Inocencio explica lo ocurrido.

—No te preocupes, compadre. Estás a salvo aquí, te traeré un vaso de agua —lo tranquiliza Pablo y sale de la habitación.

Quintana necesita relajarse para poder pensar con claridad. Se acomoda entre los mullidos cojines del sofá, cierra los ojos, respira profundo y, traicionado por el cansancio, se queda dormido.

El celular empieza a vibrar. Inocencio despierta alterado. Reconoce el número: es el de su esposa.

—¿Mi amor?, ¿qué pasa? —dice.

—Escúcheme muy bien, caballero, y no quiero jueguitos tontos, ¿entiende? —ordena con voz áspera un hombre.

—¿Cómo?, ¿quién eres tú?

—¿Qué le dije de los jueguitos tontos? ¡Cállese y escuche! Tenemos a su mujer. De usted depende la vida de ella. Ponga atención...

El secuestrador explica, paso a paso, lo que Inocencio debe hacer para poder liberar a su esposa. “Trate de pasarse de listo y lo corto en cachitos, entendió”, eso es lo último que dice.

Quieren el billete ganador. Así de fácil. En media hora tiene que estar en el estacionamiento de Los Arcos, un centro comercial. Ahí se efectuará la entrega y ellos soltarán más tarde a la rehén.

Al terminar la llamada, sobre la pantalla del celular aparece la foto de la esposa de Inocencio quien contempla su rostro por unos segundos y después el anillo dorado que está en su mano. Mira el maletín, aprieta el puño y golpea la pared. ¡*Maldita sea!*

Su compadre entra a la habitación en ese momento y lo mira en silencio.

—Pablo, justo iba a salir a buscarte. Necesito tu ayuda —dice Inocencio con los ojos bien abiertos.

—Sí está en mis manos, con mucho gusto.

—Necesito que me lleves en tu coche a un lugar. ¡Es urgente!

—¡Ay, compadre! En eso te voy a quedar mal. Tengo mucho trabajo y no me puedo mover de la tienda... Pero puedo llamar a un taxista de mi confianza y decirle que te recoja aquí afuera en el parque. No tarda más de quince minutos. ¿te late?

§

Inocencio espera bajo el sol quemante en una esquina del parque. Se muerde el labio mientras ve pasar, uno a uno, los pocos coches que a esa hora circulan por la calle. Sostiene en la mano sudorosa su portafolios de piel. Una ola de calor recorre su espalda hasta la nuca. Echa una ojeada a su alrededor, observa las hojas secas arremolinarse sobre la explanada, escucha el rechinar de las cadenas de un columpio cada vez que sopla el viento y a unas palomas que alzan el vuelo. Un taxi se estaciona frente a Inocencio quien se queda inmóvil hasta que escucha un tranquilizador “me manda el señor Pablo”.

—¿A dónde lo llevo? —pregunta el conductor al ver abordó a su cliente.

El taxista es un hombre de rostro arrugado, chimuelo y con los ojos inyectados. La cabina huele a marisco podrido. Aquí se huacarearon, piensa Quintana. Retira las manos del tapiz del asiento.

—¿A dónde? —insiste el chofer.

—Usted arranque y yo le voy dando instrucciones.

Inocencio baja la cabeza y mira su anillo de bodas.

—De aquí no me muevo si no me dice a dónde vamos. Lo tengo que reportar a la central. ¡Ya ve cómo está la inseguridad!

El pasajero mira por la ventana y observa la publicidad enorme de una línea aérea. “Europa al alcance de su mano”. Aprieta entre sus brazos el maletín.

—A la central camionera, pero rápido.

El taxista acusa recibo del destino con un movimiento de cabeza. Antes de arrancar, toma el celular y le reporta a alguien: *A la central camionera... ¿sí?... de acuerdo.* Inocencio mira su reloj. *Podría darse prisa, por favor.* El coche empieza a moverse, pero no avanza mucho antes que la luz de un semáforo le marque el alto. ¿Piensa salir de la ciudad?, pregunta el chimuelo. Unos ojos inyectados observan a Inocencio por el retrovisor. Quintana lo mira molesto. No tiene ánimo



para charlas y está a punto de dejar claro el tema cuando, en ese momento, se abren las puertas traseras del taxi y dos tipos llenos de tatuajes flanquean al pasajero cubriéndolo de insultos y golpes. En segundos, Inocencio está en el piso sometido y el estómago revuelto. Empieza a vomitar.

—Revisa el maletín —ordena el chofer.

—¡Aquí está!

—Fíjate que sea el número ganador —insiste.

—Es el bueno. Ya lo chequé

El taxista sonrío satisfecho y le dice a Inocencio: Le advertí, caballero, que no intentara pasarse de listo. Yo soy gente seria y cumplo lo que prometo. Por cierto, dice su compadre que por su esposa no se preocupe, que él se encargará de consolarla.



## UN ACTO DE ESCAPISMO

Cae la tarde, y en la plaza Penélope y Ranulfo pasean sin prisa tomados del brazo bañados por la sombra que derraman los ancianos robles. Se detienen un momento y ella pasa sus brazos por el cuello de su novio y lo besa. *Una rosa para la señorita, se la dejo barata*, ofrece una mujer de faz arrugada. Una sonrisa ilumina el semblante de la chica. ¿Cuánto? Quince pesos, señorita, mire que es linda como usted. ¿Por una rosa?, le doy diez, dice el galán y extiende una moneda. *No se puede, señor*. Penélope saca de su bolsillo otra moneda y toma su flor. Ranulfo mueve la cabeza. *Se pasó de lista esa mujer*, rezonga, pero su novia tiene la atención puesta en el quiosco, engalanado para fiesta con tiras de colores. ¡Vamos a subir!, ¡ándale!, exclama y sus ojos brillan. Una vez arriba y desde el barandal observan a los niños interrumpir sus juegos. La causa: un mago ambulante, de saco y chistera, coloca

una mesita para iniciar su acto y con fuertes silbidos invita a los pequeños a sentarse en el piso para ver la exhibición.

¿Cuándo vas a hablar con mi padrino?, pregunta Penélope. *¿Para qué tengo que hablar con ese señor?*, contesta Ranulfo y arquea una ceja. Ella lo mira a los ojos. *Recuerda que mi padrino se hizo cargo de nosotras desde que murió mi padre.* ¿Y?, dice él, levantando ahora los hombros.

El espectáculo inicia y el mago muestra que también es mimo. Con sus elocuentes manos y gestos mantiene embelesado al público. Los niños están atentos a todos los movimientos que hace. Con cada truco aumentan los aplausos. Descubre pequeños objetos detrás de la oreja de los chicos y saca de la nada pañuelos de colores. Dos pequeñitas con vestidos harapientos y la cara pintada de payasito auxilian al mago en pasar, frente a las madres de los niños, una charola en donde caen algunas pobres monedas.

Penélope se muerde el labio y respira hondo. *Pues el otro día me preguntó: niña, ¿para cuándo la boda?* La muchacha habla en voz baja. Ranulfo se lleva la mano a la nuca. ¿Qué le contestaste? dice con voz pausada. La muchacha patea el piso.

—¡No juegues conmigo! ¿Para cuándo la boda?

—Debemos esperar antes de pensar en eso. ¿Cuál es la prisa?, argumenta el novio.

Los ojos de Penélope echan chispas.

—La misma prisa que tú tenías al pedirme que probara mi amor. ¡No te hagas!

Hasta arriba se escucha un fuerte aplauso, pues el mago hizo algo notable: tomó un cofrecito, abrió su tapa para que todos vieran que estaba vacío. Con señas le pidió a un señor de barba blanca que se acercara al escenario y le ayudara a colocar, dentro de la caja, una rosa blanca. Procedió a cerrar el cofre, ponerlo sobre la mesa y cubrirlo todo con un pedazo de tela. Después agitó ambas manos muchas veces para finalmente retirar la cubierta. El prestidigitador abrió el cofre y mostró el interior al público: la rosa no era ya blanca sino roja.

¿Para cuándo la boda, Ranulfo?, insiste ella. *Mira preciosa, no sigas. Además, no tengo dinero. Lo que me dan por manejar el taxi apenas me alcanza. Te vienes a trabajar al mercado con mi padrino. ¡Seguro te da chamba! ¿Otra vez tu padrino? Ya me está cayendo gordo ese vejete. Sólo quiere lo mejor para nosotros. ¿Qué tiene de malo que nos ayude?* Ranulfo no contesta.

El mago solicita con gestos al público que pongan mucha atención. Se acerca el momento cumbre. Muestra al público unos grilletos y un juego de esposas. Hará un acto de escapismo. Pide a su auxiliar de barba blanca que le su-

jete los brazos y las piernas con los instrumentos mostrados y que después lo ayude a ocultarse dentro de un saco de manta. Penélope toma con sus manos las manos de Ranulfo. Una gran expectación se genera entre los niños, pero no por mucho tiempo. El mago emerge sonriente y liberado de cualquier atadura. Aplausos y reverencias de agradecimiento. Las payasitas se apresuran a recoger más monedas. Ranulfo retira sus manos de las de su novia.

—Me voy pal gabacho —dice y empieza a aplaudir.

—¿Qué? ¿Me vas a dejar así?

Penélope está sorprendida.

—¿Quién te entiende, mujer? ¿No querías que nos casáramos?

*El show ha terminado, eso es todos amiguitos*, se escuchó por primera vez la voz del mago y los niños corren a reanudar sus juegos bajo la mirada materna.

La chica, con la boca torcida, dice: *Vete al gabacho si quieres Ranulfo, pero antes de que te vayas nos casamos. ¿Y con qué dinero?, ternurita, por favor*, contesta el tipo y con afán conciliador agrega: *Mira, para fin de año regreso con hartos dólares y entonces si habrá una boda bien bonita. ¡Ten confianza en mí! ¿Me lo juras?*, exige ella. *¡Claro que sí!*, promete él mirando a la lejanía.

—Ranulfo, ¿te fijaste que el mago le robó la cartera al viejito? —dice Penélope.

—¿Cómo? ¿En serio?

—Sí, hay que avisarle. ¡Señor! ¡Su cartera! —grita la chica.

El hombre de barba blanca que participó en el acto de magia se toca la bolsa de su pantalón y grita: ¡Me han robado la cartera! ¡Fue el mago! ¡Agárrenlo! Pero por más que buscan no lo pueden encontrar, pues el muy bellaco ya se escapó.





## LO QUE UN BUEN CAZADOR SABE

Me puedo imaginar la escena: un hombre que luce un impecable traje gris y sombrero entra al Banco de Londres y México. Se dirige con paso firme a la oficina de su ejecutivo personal. No en balde es el gerente de uno de los más prestigiados establecimientos comerciales de la región. Pone sobre el escritorio del funcionario un cheque endosado a su nombre y ordena que se deposite el noventa por ciento del importe a la cuenta de la empresa de la cual es gerente y el resto a su propia cuenta. El empleado del banco recoge el cheque y lo mira con detenimiento, como si nunca hubiera visto uno así. Después se disculpa, se levanta y sale de la oficina. El cliente toma asiento en el cómodo sofá de piel. Acerca el cenicero de cristal con pedestal de bronce. Saca un *Chesterfield* de su cigarrera, lo pone en la boquilla corta y lo enciende. Sabe lo que comprará con el dinero que está

por recibir: un flamante *Buick Roadmaster* modelo 58, azul con capote blanco. Se imagina manejándolo en Acapulco en compañía de una linda sirena. ¿Isabel o Mónica?, ¿a quién invitará? Su fantasía flota como burbuja entre el humo del tabaco hasta que, al entrar el empleado al despacho, explota en forma súbita. El hombre de traje gris mira al funcionario bancario tomar asiento en su escritorio. Lo percibe incómodo. *Señor, lamento mucho informarle que el cheque que usted trajo fue reportado como robado y las firmas son falsas.* ¡Buumm!

El tipo de traje gris —la comidilla del pueblo por meses— se vio en la necesidad de confesar a su suegro, don Rodrigo Iturralde, que lo habían estafado y le rogó que de su bolsa cubriera el faltante de la caja del prestigiado almacén del cual ya no era gerente. El suegro apechugó para no hacer más grande el escándalo, pero no se quedó con las ganas de reportar el delito a la autoridad. Fue así como yo entré en la escena.

Me llamaron porque nadie conoce mejor que yo al estafador. Lo he perseguido por años y llevo registro de sus fechorías. El señor Iturralde se mostró interesado en sumarse al grupo de agraviados que financian mi búsqueda. Gente que no toma con espíritu deportivo que un criminal de finos

modales les haya escamoteado algunas decenas de miles de pesos a cambio de una dolorosa lección. No los culpo.

Pero ¿quién era ese delincuente?, ¿cómo pudo relacionarse con la alta sociedad de cada ciudad, moverse ahí con tanta soltura y engañar con tal facilidad a esos tiburones? Un buen cazador debe conocer a su presa. Recabé entre mis clientes un buen número de fotografías en las cuales se veía al estafador conviviendo con sus víctimas, todos con su vaso de whiskey en alto, sonrientes y felices. Poseo toda una colección. El sujeto tiene mi edad, cuarenta años, pelo engomado, bigote a la Jorge Negrete y ojos verdes. Si a alguien le mostrara una de esas fotografías y le pidiera elegir la persona que más confianza le diera, lo elegiría a él. Yo no lo haría por la sencilla razón que no confío en nadie.

Pienso que si algo tiene ese delincuente es espíritu deportivo. Eso me gusta. Él sólo se limita a poner el anzuelo, la carnada y su cara de ingenuo. Es la ambición de los otros la que hace el trabajo. No me fue difícil descubrir su modus operandi: cambia de apellido y de ciudad de residencia con cada atraco; se relaciona con personas de dinero; se gana su confianza; simula situaciones en donde parece que la paloma se va a aprovechar del gavilán y resulta al revés. Algunos piensan que cuenta con la ayuda de varios cómplices. Sólo así explicaban tanta perfección.

MI estrategia para encontrarlo era simple: descartar los lugares en donde ya ha cometido un fraude y buscar en las demás ciudades. Fue así como llegué al puerto a mediados del mes de julio. Me hospedé en un hotel modesto sobre la calle Rivera. Un buen cazador sabe que debe conocer el terreno. Por eso salí muy temprano a caminar por el centro del pueblo. Cinco minutos bajo el sol y ya tenía empapada la camisa. Me refugié en El Globito, una fuente de sodas que está en la plaza principal. Ahí empecé a indagar en dónde se reunían los ricos del pueblo, pregunté aquí y allá, en medio de la plática, crucé información y supe que debía iniciar mi búsqueda en el recién remodelado casino del puerto.

§

No tenía caso ocultar que era fuereño si cualquiera se daba cuenta nomás de verme sudando a mares, la camisa arremangada hasta los codos, la corbata floja y un pañuelo blanco en la mano. El casino estaba a escasos metros de la plaza principal. Abrí la pesada puerta de madera y cristal biselado del club, entré a su sala de recepción y agradecí la frescura que un par de potentes ventiladores de techo daban al recinto. Se acercó el encargado de resguardar el acceso.

—Soy el detective Rodríguez y busco a esta persona, ¿lo ha visto? —dije y le mostré una foto.

El conserje miró con frialdad la imagen. *No hay ningún miembro de este club que se parezca al hombre de la foto*, respondió. Saqué de mi pantalón dos billetes de cincuenta pesos y se los puse al amigo en la mano junto con una tarjeta.

—Le pido que muestre la foto y la tarjeta a todos los caballeros que vengan al casino. Con mucha discreción, por supuesto. Ahí está escrita la razón de mi búsqueda y dónde pueden encontrarme. Si alguien me llama habrá un generoso premio para usted.

El conserje leyó la tarjeta y con una amplia sonrisa cerró el trato.

La tarea estaba hecha. Había puesto la trampa y el cebo. Ahora sólo quedaba esperar con paciencia. Me refugié en el hotel mientras pasaban las horas de más calor y por la tarde salí a comer a un bar muy concurrido. Ahí me quedé hasta entrada la noche y al llegar al hotel me encontré una tarjeta con un par de líneas: “Mañana a las 13 horas en el restaurante Los pelícanos que está en la playa”.

Un buen cazador sabe que debe seguir su instinto. Escondí mi pistola debajo de la camisa, tomé mi sombrero y salí del hotel con bastante anticipación. La playa resultó estar más lejos de lo que pensé. Tuve que abordar un tranvía

y después caminar un trecho para llegar a Los pelícanos, un restaurante de muchas mesas y pocos clientes.

—Pero en la noche se pone bueno, patrón, con orquesta y toda la cosa —argumentó el mesero.

Solicité que me dieran un lugar en la terraza, con vistas al mar. La brisa era una bendición y la playa una maravilla. Oculté la pistola debajo del sombrero sobre el asiento de una silla contigua. Pedí una cerveza.

A la hora exacta de la cita lo vi entrar. Sin dudarlo siquiera se dirigió a mi mesa. ¿Puedo acompañarlo?, dijo con una sonrisa. Sus ojos verdes resaltaban con el traje de lino que portaba. Con un gesto concedí su petición. El mesero se apareció de la nada. Traía una botella de etiqueta roja y un vaso old fashion con dos hielos. ¿Lo de siempre, señor De Mendoza?, preguntó el muchacho. Al recibir la aprobación sirvió la bebida y se retiró.

—¿De Mendoza? ¿Ese es ahora su apellido? —pregunté.

Vi que el tipo llevó su mano al interior de su saco y yo acerqué la mía al sombrero.

—Tranquilo, detective. Es sólo un sobre.

En efecto, sacó un sobre bastante grueso y lo puso al lado de mi cerveza.

—¿Pretende sobornarme?

—Por supuesto. ¡Cuéntelo! Es el doble de lo que le di la última vez que nos vimos. Sin duda se lo ha ganado, ¡*chapeau*! Por cierto, voy a quedarme aquí por tiempo prolongado. Mi hijo se casará con la heredera de una cuantiosa fortuna. Me pregunto... ¿Le interesaría trabajar para él?

Le contesté que lo iba a pensar. A Arturo le pareció gracioso que le hubiese entregado al concierge la foto del anciano señor Iturralde con la historia de que una joven embarazada lo buscaba con desesperación. Terminamos nuestras bebidas y nos despedimos. Él dijo que nuestro juego se había suspendido lo cual significaba todo lo contrario. Era cuestión de días para que, en alguna ciudad del país, un hombre con traje gris se diese cuenta de otro engaño. Y entonces estaré ahí, ofreciendo mis servicios. Porque todo buen cazador lo sabe: hay que elegir el momento.





## EL REFUGIO

La neblina rodó desde lo alto del cerro sobre el cauce del arroyo y deslavó los prados, inevitable. Las ramas de los árboles, tupidas y densas, cobijaban con la paz de su noche la hojarasca y el musgo de la floresta. Pronto llegaría la tormenta, puntual como cada tarde, infalible como la muerte. Alfredo ajustó su capote con su mano temblorosa. Truenos lejanos sacudieron el cielo en recordatorio de que, si no encontraba pronto algún refugio, se mojaría hasta el último cabello, y después, la neblina se ocuparía de serenar lo empapado, asegurando que no quedase nada seco al caer la noche, ni su ropa, ni sus huesos, ni siquiera su misma alma. Entonces vendría el viento helado a cobrarle el precio.

Alfredo miró de reojo su brazo, cubierto de vendajes tintos en sangre. Hay que continuar, le ordenó una voz en su cabeza. Inclusive el trinar de los pájaros lo alteraba, al adivinar en esos gorjeos la comunicación embozada del enemigo que solía imitar esas aves para

organizar su ataque y entonces los trinos se convertían en gritos, las voces en lamentos, las sonrisas en lágrimas, el silencio en estruendo y todo eso en un instante, un instante en el que la vida se convertía en muerte.

Era extraño, pero desde el momento que ingresó al bosque, el militar se había sentido acompañado. A dos días de la batalla, Alfredo se sorprendía en el impulso de comentar algún recuerdo con Pedro, su auxiliar, y entonces caía en cuenta que aquel ya se había ido, que lo vio agonizar con una bala en el pecho. Era difícil aceptar que sus hombres habían quedado atrás, en aquella barranca. Pero ese bosque parecía revivir recuerdos. Tal vez por eso los sentía a su lado, escoltándolo en silencio, se justificaba el hombre.

Avanzó despacio, menos por cautela que por falta de fuerza. El bosque lo cubría y procuraba no alejarse del arroyo que le ayudaba a no perder el rumbo. Y entonces encontró una casa, una construcción visible sólo a muy corta distancia. Sus muros, ocultos por enredaderas, tenían la cara negra de lodo y humedad. Cruzó la rambla y siguió una vereda hasta llegar al arco de dos metros de ancho por tres de alto que daba acceso a un largo zaguán cubierto de la maleza. Penetró el pasaje para llegar al otro lado en donde había un patio interior, penumbroso, en cuyo centro crecía una ceiba imponente cuya altura rebasaba a la misma casa. Sus ramas se derramaban sobre el techo y lo cubrían, protegiéndolo de miradas indiscretas.

El lugar parece estar abandonado, pensó Alfredo. Apretó la quijada y se deslizó de su cabalgadura hasta el piso apoyado sólo en un brazo y soltó un gemido por el esfuerzo. Apoyó la cabeza al costado del animal y a soplidos trató de recomponerse. Al regresar su fuerza, amarró las riendas a una columna de lo que debió ser un corredor sobre el perímetro del patio, caminó tambaleante a través de la vegetación, rodeando la ceiba, dueña indiscutible de aquella casa, y llegó a una oscura habitación libre de maleza. El capitán se recostó sobre una plancha de piedra, apoyó su cabeza en una alforja y se cubrió con su capote.

Necesitaba descansar, la pérdida de sangre lo había debilitado. Cerró los ojos y se dejó llevar por la febril fantasía de que podía reconstruir en su mente lo que ocurría a su alrededor tan sólo interpretando los sonidos que escuchaba, el canto de las aves, el murmullo de las enramadas, el clic y clac que anuncia el desplazamiento de los insectos, el taconeo de sus patitas como agujas sobre la piedra o la madera. Sentía frío. Entonces escuchó ese ruido, pisadas, sí, pero diferentes a las de un soldado. Eran pisadas ligeras, tímidas, cautelosas. Alfredo apenas tuvo fuerzas para girar la cabeza y abrir los ojos.

Una anciana cruzó la puerta y lo miró con curiosidad. Su espalda encorvada la hacía ver más pequeña de lo que en realidad era, pero se movía con agilidad. Su boca desdentada y la flacidez de la

piel daban a su rostro una imagen triste que contrastaba con el brillo de sus ojos, chispeantes y vivos. ¿Quién eres, vieja?, balbuceó Alfredo con voz casi inaudible. ¿Quién eres tú?, yo aquí vivo, contestó con dignidad la mujer, acercándose sin perder de vista el brazo ensangrentado del capitán.

*Madre, revisa mi herida*, pidió Alfredo y trató de incorporarse sin lograrlo. ¿Para qué? Hasta acá me llega el olor. ¿Acaso no te das cuenta?, le contestó la mujer. Vio el rostro del hombre, su frente húmeda, sus ojos vidriosos y suplicantes, dio media vuelta y se encaminó a la salida. *No, agua, dame agua*, escuchó a su espalda la anciana al abandonar la habitación.

El militar respiró hondo, apretó la quijada y entonces, con un impulso decidido, arrancó el parche ensangrentado. Alfredo, hombre curtido como él que más, peló los dientes a forma de alarido y después, al dejar de resoplar, pudo percibir el pútrido hedor de la herida que se expandía por todo el recinto. La mujer tenía razón. Dejó caer la cabeza sobre la plancha de piedra. Esa herida requería la intervención de un cirujano y sin eso, sólo sería cuestión de tiempo para que se revelara su desgracia. Antes, sólo un objetivo lo motivaba: regresar con su familia, al otro lado del mar. Ahora, todo eso le parecía imposible.

Alfredo se quedó dormido y al despertar, vio a su lado una taza de barro y una cera encendida. Con gran esfuerzo se incorpo-

ró y buscó inútilmente a la mujer. Llevó el recipiente a sus labios y empezó a sorber el líquido con sabor a hierbas. La fiebre no cedía y atormentaba hasta la última parte del cuerpo. Sentía que una bestia invisible arrancaba su brazo a dentelladas. ¡cómo quisiera que terminara este suplicio!, musitó. *Fácil. Ahí tienes tu pistola*, escuchó el capitán. Era la anciana que estaba sentada entre penumbras, en un rincón del cuarto. *No, mujer... tengo cosas por hacer...en mi tierra*, dijo con un susurro.

La mujer salió de las sombras y se acercó al hombre. Caminó alrededor de la plancha de piedra, miró la herida descubierta, los ojos negros y la nariz recta. *Espero que no sea importante eso que tienes que hacer en tu tierra*, dijo la anciana, esbozando una sonrisa. *Ayúdame, madre, ¡consigue un doctor!* Alfredo levantó la cabeza con un gran esfuerzo y buscó, con mirada suplicante, el rostro de la mujer. *¿Un doctor?, ¿aquí?*, la mujer soltó una carcajada. *Entonces, estoy muerto.* El hombre se dejó caer sobre la piedra, cerró los ojos y soltó el cuerpo. Percibió, a lo lejos, el chillante canto de un ave. La mujer, que había escuchado también el ominoso graznido, puso la nariz en alto y respiró hondo.

*Tal vez haya una forma, pero tienes que decidirte ahora mismo*, sentenció ella. ¡Dime cuál! Los ojos del capitán buscaban atrapar los de la anciana.

¿Qué tenía que perder él en ese momento?, pensó el hombre.

En cuestión de horas el dolor, aunque pareciera imposible, se incrementaría y la infección invadiría su cuerpo. Ninguno de sus compañeros de armas sabía en dónde estaba, no había forma de que lo rescataran.

*Harás lo que yo te diga, vas a tomar los brebajes que yo te dé,* condicionó la mujer. El capitán no pudo evitar recordar las historias que desde niño escuchó en su pueblo sobre mujeres que vivían en el bosque, las estepas, en los pantanos, en los márgenes. Mujeres que conocían los poderes curativos de las plantas, que hacían el bien y el mal. ¿Por qué me ayudas? ¿Qué quieres a cambio?, preguntó Alfredo. ¿Qué puedes dar?, contestó la mujer. *Lo que quieras, tómalo todo,* dijo el hombre. La anciana lo miró, a los ojos y después al cuello, en dónde tenía colgada una cadenita que engarzaba un relicario de oro en forma de corazón. *Te pediré dos cosas. Primero, quiero eso,* dijo señalando el artículo metálico. El hombre tomó la pequeña pieza de oro con su mano y la encerró en su puño. *No, esto no,* balbuceó. La mujer le dio la espalda. A lo lejos se escuchó el rugido de los truenos. *Decídete pronto, porque necesitaré ir al bosque a buscar unas plantas y si empieza a llover...* El hombre mantenía aprisionado su recuerdo. Movía de un lado a otro la cabeza. La anciana regresó a las penumbras. ¿Vale más esa cosa que tu vida?

El capitán cerró los ojos y pasado un momento, con movimiento titubeante, se quitó la cadena del cuello y la puso sobre la

cama de piedra. *Muy bien*, dijo la anciana después de tomar la primera parte de su pago. *Ahora voy al bosque a recoger aquello que necesito y a pedir permiso. ¿Permiso?*, gimió Alfredo y la anciana en el umbral de la habitación, antes de salir, lo miró y le dijo: *Sí, voy a pedirle permiso a quien tiene que darlo.*

El capitán se recostó y se dejó vencer por el sueño.

§

¡Bébalo todo! El capitán abrió los ojos y vio a la anciana que ponía enfrente de su boca un pocillo de barro del cual salía humo. ¡Beba hasta el fondo! El hombre trató de levantar la cabeza, pero no pudo. El dolor en su brazo era intenso, tenía frío y le atormentaba mantener los ojos abiertos. La mujer colocó una tabla debajo de la alforja que hacía de almohada y logró que el capitán tragara aquel líquido espeso. Eso es todo, escuchó Alfredo a lo lejos, como si fuera el ruido de la lluvia o el arrullo de las olas y después no sintió más el dolor.

§

Un viento gélido corta las mejillas del capitán mientras camina por una oscura calleja, entre paredones de piedra burda. El hombre no duda en avanzar por aquel laberinto que le parece familiar hasta llegar a un portón de madera entreabierto. Lo reconoce: es el lugar donde vivió su infancia. Cruza el umbral y recorre las habitaciones con el rostro descompuesto. Las paredes ennegrecidas y rasgadas, la basura acumulada en los rincones, el olor a humedad. ¡Qué distinto a la forma como lo recordaba! Hubo tiempos, piensa el militar, en los que en aquel lugar todo era luz, gritos y alegatos, sonido de ollas y cazuelas, ladrido de chuchos, aroma de orégano, tomillo, hierbabuena y perejil, fogón prendido, juego de hermanos, pingos que después de un pellizco corrían al patio para evitar el desquite, niñas saltando sin tocar las rayas de yeso marcadas en la losa del piso, rincón de girasoles y crisantemos, el sitio preferido por su abuelo para dormir la siesta.

Encima de una mesa está tendido un cuerpo, en mortaja blanca, entre cuatro cirios que dibujan con su danza sombras en las paredes. El difunto no tiene más compañía que una mujer quien reza en un rincón por el descanso eterno de las ánimas, en un gesto más de misericordia y piedad cristiana que de obligación manifiesta. El hombre se acerca al cadáver y ve un rostro escuálido con las arrugas que obsequian no pocos años de mala vida y muchas penas. *Padre*, dice el capitán, ¿en dónde están mi esposa Pilar y mi hijo Fernando? Esta era también su casa, ¿a dónde han ido? Y cuando intenta tocar el cuerpo amortajado del anciano, todo se oscurece.



## §

El murmullo de las voces despertó al capitán quien, con disimulo, vio a la anciana conversando con una dama. ¿Quién será esa mujer?, se preguntó Alfredo. Ella vestía una falda amplia y corpiño en raso negro de primera, cuello abotonado. Traía el pelo cubierto por una mantilla de seda oscura que ocultaba la mayor parte del rostro, lo cual no fue impedimento para que el capitán notara la piel pálida y tersa de sus manos, signo evidente de una condición privilegiada. Se sorprendió de su presencia en aquel cuchitril. La mujer abrió un abanico y se cubrió el rostro mientras volteaba a ver al capitán. Este, a su vez, sólo pudo contemplar un par de ojos verdes aceitunados. La anciana volteó también. *Sí, ya está despierto, pero se hace el dormido*, se burló con su sonrisa desdentada. La joven se puso de pie y abandonó el cuarto con el cuerpo erguido y pasos seguros.

*Por fin te despertaste. ¡Ya me tenías con cuidado!*, dijo la anciana. Alfredo tenía el torso desnudo y la herida de su brazo tenía vendajes nuevos. ¿Mi camisa?, preguntó y la mujer se acercó a él con un plato de caldo humeante. *Come, necesitas recuperar fuerzas*, dijo mientras colocaba el cuenco sobre la plancha de piedra. ¿Tú camisa? Bueno, ¿de dónde crees que salieron esos vendajes?

El capitán tomó la vasija, la llevó a su boca y bebió con deses-

peración aquel caldo aguado en donde flotaban hongos en delgadas tiras. A lo lejos se escuchó el rugido de truenos. ¡Tenías hambre!, dijo la anciana al ver el cuenco vacío sobre la plancha. Alfredo movió la cabeza con un gesto de agradecimiento y después preguntó: ¿quién era? La anciana arqueó las cejas y su boca sin dientes dejó salir un sonido burlón antes de contestar: *Ah, ¿la viuda? Tendrías que estar muerto para no fijarte en tal belleza* —los ojos de la anciana brillaron—. *Pues has de saber que ella también se fijó en ti, no dejaba de mirar tu pecho.*

El hombre tuvo el ánimo para ver un poco mejor aquel cuarto. El techo y las paredes estaban ennegrecidas por la humedad y la raíz del árbol había salido del piso en uno de los rincones. Volvió a tronar el cielo. La mujer se levantó y cruzó la puerta murmurando algo que el capitán no pudo descifrar.

En el interior de aquel refugio no podía saberse con seguridad si era de mañana o tarde. La penumbra era total. Sólo los avisos de la tormenta le decían a Alfredo que ya había pasado con mucho el mediodía. Giró su cuerpo sobre el costado sano e intentó incorporarse, pero fue inútil. Seguía muy débil. Regresó a la posición de reposo y recordó el sueño. ¿Había sido un sueño?, pero ¿qué otra cosa podría ser? No tenía respuestas. No había parado de dormir, pero los parpados se caían como si pesaran una tonelada y no tenía sentido oponerse. Se durmió.

¡Bébalo hasta el fondo!, escuchó Alfredo entre la duermevela. Al abrir los ojos vio, a la luz del fuego de un anafre, el rostro de la anciana muy cerca del suyo. Tenía los ojos ictéricos, boca desdentada, apestosa, la piel repleta de surcos, mancha y arrugas. Sintió náuseas. ¡Bébalo todo!, escuchó la voz imperativa de la mujer y obedeció: tomó el pocillo y tragó el mismo líquido espeso del día anterior y después se recostó, relajó los músculos, cerró los ojos y se durmió de nuevo.

§

Alfredo lleva una mano encima de la frente a forma de visera. El sol le pega pleno en la cara y sus pupilas se ajustan a ese entorno. Mira a su alrededor. Se encuentra en la ladera de una montaña con los pies bien clavados sobre un sendero pedregoso. Cuesta abajo está el valle envuelto en un tapiz tejido y coloreado con toda la gama de marrones y verdes posibles. El cielo sin nubes y a lo lejos más montañas con algunos vestigios de eternas nieves completaban el cuadro. A un costado se encuentra una solitaria casa de madera con techo a dos aguas asentada en columnas de piedra. El terreno colindante a la parte posterior de la morada es, puede verlo el capitán, un área de cultivo. En medio de los surcos, en plena labor, está una mujer con falda negra, sayal pardo de manga larga y una gorra que le protege

buena parte del rostro de las inclemencias del sol.

¿Quién vivirá en este lugar?, se pregunta el militar mientras camina hacia la casa a paso lento, pero no avanza mucho antes de que algo lo detenga en seco. Del otro extremo de la cabaña sale una pequeña niña pecosa y de cabellos rubios quien grita por su mamá y, detrás de ella, aparece un mozo de dieciséis años, de complexión robusta y fuertes brazos. Tiene, el zagal, el pelo negro ensortijado y cejas bien pobladas. ¡Soy yo!, pero no puede ser, piensa Alfredo. El mozo grita un “madre” con voz poderosa que despierta a un par de perrillos de su siesta y empiezan a ladrar. La mujer de la huerta se pone de pie y voltea en búsqueda de sus hijos. *Acá estoy, María, Fernando*, exclama. El capitán reconoce la voz y, de ahí, el rostro de aquella mujer de campo, de piel tostada y reseca. Es su esposa, no le queda la menor duda... y está embarazada.

¿Tanto tiempo había pasado desde que había dejado a su esposa y su pequeño hijo en casa de su padre? ¿Trece años? El capitán mira de nuevo los alrededores: el valle, las lejanas montañas. Hace un esfuerzo, pero es inútil. No reconoce el lugar. Entonces lo ve acercarse a través del campo, trae una vaca. Es un hombre robusto y extraño, de pelo rubio. La niña corre hacia este campesino quien la recibe sonriente y con sus enormes manos le revuelve el cabello. Alfredo mira al cielo y se hace la noche.

¡Ya se despertó!, exclamó sobresaltada la viuda. El capitán se encontraba sentado sobre la plancha de piedra, veía hacia todos lados con ojos desorbitados. *Ya era hora, cada vez duermo más*, dijo la anciana. El hombre miró con detenimiento el rostro de la joven, su nariz recta que señalaba una boca pequeña de labios rojos, mejillas rosadas, ojos juguetones que le devolvían la mirada y, por último, sujeto al cuello por una cadena de oro, el relicario. Será mejor que me retire, dijo la dama. Se incorporó con energía y salió con la gracia de una reina.

¿Te diste cuenta, vieja? La anciana no le hizo caso, se dirigió a donde una olla se calentaba bajo la lumbre de un anafre, tomó un plato hondo, sirvió una buena porción de caldo y huesos de gallina. Se lo extendió al capitán. ¿De qué?, dijo por fin la mujer mientras veía como el militar ponía sobre la plancha de piedra el plato con el líquido humeante. El hombre no contestó y se limitó a fulminar con sus ojos a la anciana. ¿No quieres comer?, bien, allá tú. Mientras te decides, voy al bosque a recoger algunas hierbas y eso antes de que empiece a llover, dijo ella y ya salía del cuarto cuando escuchó a su espalda: *El relicario, ella se lo llevó*. La anciana replicó sin detenerse: *Así es, yo se lo di, ¿perdiste la memoria? Ese relicario ya era mío*.

Alfredo apretó los dientes y se deslizó apoyado en un brazo hasta que puso ambos pies en el suelo. Las piernas temblaron inseguras. Al cabo de unos minutos, el militar se animó a dar unos pasos

en dirección al rincón del cuarto en donde la anciana había apilado sus pertenencias. No faltaba nada, todo estaba ahí con excepción de su camisa. Se colocó la casaca sobre los hombros, tomó su pistola y regresó a la plancha de piedra. El capitán cerró los ojos, el cañón de su arma apuntó abajo de su mandíbula y su dedo acarició el gatillo. Por su mente pasaron, una detrás de otra, las imágenes del cuerpo tendido y amortajado de su padre, la niña pecosa de pelos rubios, el rostro de su hijo y de su esposa embarazada. Y después, cuando se tensaban los músculos de la mano, cayó del cielo la visión de los ojos verdes de la viuda y su boca roja, imagen de una promesa, de una esperanza. Y como si la anciana estuviera aún en el cuarto, el militar escuchó su voz: ¿Te gusta? Tú le gustas a ella, ¿lo sabías? Poco a poco, dejó de apretar los dientes y el dedo se alejó del gatillo. La pistola terminó sobre la plancha de piedra y el caldo de gallina dentro del estómago de Alfredo.

## §

La anciana entró al cuarto con una canasta. Ella entrecerró los ojos y miró al capitán, recostado con la pistola a un lado y la casaca sobre sus hombros. Después, en silencio, se dedicó a avivar el fuego para la preparación del brebaje de la noche. *Platícame de la viuda*, dijo Alfredo. La anciana, de espaldas a él, abrió la boca en algo que

parecía una sonrisa. ¿Qué quieres saber? El capitán se sentó al borde de la banca. ¿A qué viene aquí?, cuéntame de su vida, dijo. La anciana movía cadenciosa el líquido que se cocía al fuego. *Viene a platicar sus cuitas, a que le lea la suerte, a que le ayude a encontrar el amor*, dijo por fin. *La viuda Dolores, que así se llama, perdió a su esposo un año antes. Entre ella y el difunto existía una diferencia de edad muy grande y no se requiere ser una gitana para imaginarse el porqué de la falta de hijos. Ahora la joven necesita un hombre y no le faltan candidatos, pero ya puso el ojo sobre tus huesos. ¡Aprovecha!*, dijo la anciana con un brillo en la mirada.

El capitán apretó los labios como si quisiera enclaustrar su voz. Miró las brasas que crepitaban ardientes en el anafre; las cenizas que buscaban el cielo; la caótica danza de la flama, impredecible y seductora. *Hace tiempo maté a un hombre*, dijo. La anciana guardó silencio.

*Esa noche llegué con mis amigos al Oso Pardo, la taberna del pueblo, y en mala hora me encontré con Pedro y Luis, los dos mellizos. Ellos me odiaban a mí y yo los odiaba más aún. Ni siquiera recuerdo qué originó el pleito, lo olvidé. De las palabras a los puños y de ahí, maldita sea, centelló el acero del puñal. Pedro cayó al suelo con sus manos en el rostro. Todo quedó entre Luis y yo. Y en medio de un rugido juntamos nuestras sangres —el capitán se llevó la mano al pecho— y por unos centímetros lo hubiera acompañado al infierno. Mala hierba nunca mue-*

*re, dicen. El caso es que, tan pronto pude viajar, me llevaron lejos del pueblo y después de mi patria. Tan pronto sea posible, regresaré por mi esposa y mi hijo, me dije entonces, pero pasó el tiempo.*

*Aquí puedes rehacer tu vida, ¡no es tarde para eso! La viuda Dolores necesita un hombre fuerte, que imponga respeto, alguien como tú,* dijo la anciana. *¿Dónde vive esa mujer?, preguntó Alfredo. No muy lejos, aguas arriba a no más de una hora a buen paso y en caballo, ni hablar.* La mujer sacó un bulto que tenía escondido detrás de una piedra. *Mira lo que ella te trajo hoy, dijo y le mostró una levita de color gris. Debió ser de su marido,* opinó la mujer y agregó que tenía pantalón y camisa. *Le prometí que mañana irías a visitarla.*

*¿Y tú qué has ganado con todo esto?, dijo el capitán. La anciana soltó una carcajada. ¿Y a ti qué te importa? Todavía no eres el amo de la hacienda, dijo mientras le entregaba una vasija humeante. Ahora, bébelo todo y duerme.*

§

Alfredo reconoce de inmediato aquel lugar, una cabaña entre los pinos del bosque: es el Oso Pardo, la taberna del pueblo. Cruza el umbral, mira el recinto y lo encuentra casi sin cambios, casi sin gente. Las paredes tiznadas y el piso desgastado de piedra rojiza; las mesas largas con su banca corrida; la lámpara al centro y las som-



bras en el rincón; parroquianos viejos y nuevos. Una anciana jeringa a un par de mozas para que se apresuren a servir lo que le demandan los clientes: pintas de cerveza, platos de alubias, jarrones de vino. En el mostrador, el tabernero sirve un vaso de aguardiente a un joven de espaldas anchas, pelo negro ensortijado, cejas tupidas y mirada fiera. El capitán lo reconoce en seguida: ¿qué hace su hijo en ese lugar? Entonces, ve a un hombre con un parche que cubre su ojo derecho y una cicatriz enrojecida que baja desde arriba de la ceja hasta el mentón. Es Pedro, el mellizo. Trata de advertir a Fernando al ver que su enemigo saca un puñal del jubón, pero es demasiado tarde. Las luces de las velas resplandecen sobre la hoja de acero mientras desde lo alto cae, con alevosía, sobre la espalda del muchacho, una y otra vez. El grito de Alfredo se pierde en la noche.

§

Al entrar la anciana al cuarto encontró los vendajes sobre la plancha de piedra vacía y en el suelo, la levita, el pantalón y la camisa colocados en el mismo lugar donde ella los había dejado. El capitán estaba en un rincón, se calzaba las botas y tenía puesta su casaca ensangrentada. *Veo que ya estás recuperado*, dijo la mujer y levantó del suelo la ropa que había llevado la viuda. *Sí, me siento de maravilla*, contestó el capitán fajándose a la cintura su pistola. *Entonces,*

*supongo, estás listo para saber lo que quiero en pago por haberte atendido y curado.* Alfredo caminó hacia la plancha de piedra, tomó su capote y la alforja. ¡Cómo molestas, mujer! ¿Qué quieres ahora?, dijo por fin, rechinando los dientes. La anciana lo miró a los ojos con las piernas muy bien plantadas. Sujetaba en el pecho el ajuar ofrecido. *Quiero que te pongas esta ropa y vayas a casa de la viuda, eso es lo mejor para ti y para ella, ¿no te das cuenta?*

El capitán soltó una carcajada violenta, indignada, contundente y con ella, perturbó la calma del recinto, el trinar de las aves, el rumor de los insectos y la paz de los difuntos. La anciana apretó los labios agrietados, cerró su boca sin dientes y contuvo el aire muerto de la promesa rota.

*Quiero que vayas a casa de la viuda, ese es mi pago,* dijo la mujer con voz grave y cavernosa. El capitán la miró y una sonrisa se pintó en sus labios. *¿Estás loca, mujer? Debo alcanzar a mi regimiento de inmediato. Tengo asuntos pendientes en mi patria, ¡toma! Eso es todo lo que poseo,* dijo y aventó la alforja a los pies de la anciana.

¡Necio! ¿Vas a ir a casa de la viuda o no?, ¡ella te espera!, escuchó el capitán llegar de cada punto de la habitación sin que la anciana abriera la boca. ¡Nunca!, debo vengar la muerte de mi hijo, ¿Acaso sabes lo que es el honor?, dijo el militar y, con su mano sobre la pistola, se dirigió a la puerta.

¿El honor de los de tu clase? No, contestó la mujer con voz lejana. Alfredo giró sobre sus talones y lo único que encontró fue su alforja tirada sobre el piso, sonriente, se agachó a recogerla y, sobre el silencio de aquel sepulcro, escuchó el eco de unas pisadas que se acercaban a él, marciales, seguras, inevitables. Levantó la vista y los vio, rodeándolo, como estatuas en un mausoleo, apuntándole con sus rifles. ¡Un desertor, coronel!, gritó uno de los soldados mientras miraba con sospecha la levita gris, el pantalón y la camisa de civil. El capitán alegó que estaba ahí para recuperarse de una grave herida, llamaba a gritos a la vieja, pero al mostrar el brazo lesionado sólo logró que sus captores sonrieran. Nunca he visto a un moribundo tan rozagante, comentaban burlones.

Había orden de ejecutar a los cobardes tan pronto se les capturara y, como no estaban las cosas para desperdiciar municiones, los soldados obligaron al deshonorado Alfredo a bailar la danza de la horca y lo dejaron ahí, meciéndose como un relicario sujeto al cuello de la enorme y anciana ceiba que crecía —señora y dueña— en el centro del patio de esa casa.



Canasta  
de Escritoras y Escritores  
P O B L A N O S  
2023

El cuidado editorial de la presente versión digital de  
“LÍNEAS PARALELAS”  
De la colección  
“CANASTA DE ESCRITORAS Y ESCRITORES POBLANOS”  
Estuvo a cargo del  
INSTITUTO MUNICIPAL DE ARTE Y CULTURA DE PUEBLA

EJEMPLAR GRATUITO Y DE LIBRE DISTRIBUCIÓN



## Roberto Ríos

Escritor tampiqueño, ingeniero de profesión, quien al terminar su experiencia laboral se mudó a Puebla, donde estudió la Maestría en Letras Iberoamericanas en la UIAP.

En el 2015 colaboró con la monografía: *Instrucciones para cruzar la frontera. Una colección de relatos integrados* dentro del libro *Narrativa vitral contemporánea. Relatos integrados en la literatura hispanoamericana 1990-2013* publicado por la UIA Puebla.

Autor de la novela breve *Entre la pila y el agua bendita* publicada dentro de la colección *Narrativa Contemporánea* por la Secretaría de Cultura del Gobierno de Puebla en 2022.

